# NI HISPANO NI INDÍGENA: EL MESTIZO DE LOS ANDES Y SU DESTINO

ENSAYO

ZEIN ZORRILLA

Lluvia Editores
LIMA - BARCELONA

COLECCIÓN | MANUEL GONZÁLEZ PRADA
SERIE | HORAS DE LUCHA
NÚMERO | 14

Primera edición: julio, 2021

Edición a cargo de *Esteban Quiroz Cisneros*
Corrección de textos: *Carlos MacLean Crestani*
Comunicaciones y *Marketing*: *Alondra Quiroz Serna*
Carátula: *Fotografía de fecha imprecisa del morochuco de Putica Vaca de Castro sobre su caballo Guindón*
Diseño de carátula e interiores: *Lluvia Editores*
Arte de carátula: *Sun Cok*
Dirección de Publicaciones del Norte *Casimiro Ramírez Tenorio*
Dirección de Publicaciones del Sur *Elard Serruto Dancuart*
Asesoría en imprenta: *Rogger Vásquez Cristóbal*
Acabados Editoriales: *Simetría Gráfica SAC*
Papelera Ludievi

© Zein Zorrilla, 2021
zein_zorrilla@hotmail.com

© Lluvia Editores de Esteban Quiroz Cisneros, 2021
Av. Inca Garcilaso de la Vega 1976, Of. 501. Lima, 1. Perú
Calle Mariano de los Santos 183, Of. 202. Lima, 27. Perú
Carrer De la Llibertat 11, 1er 1ra. 08012. Barcelona. España
lluviaeditores@gmail.com
www.lluviaeditores.com

ISBN: 978-612-4436-47-5
Hecho el Depósito Legal
en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-05623

Impresa en el Perú
Imprimé au Pérou
Printed in Peru

## ÍNDICE

**NI HISPANO NI INDÍGENA,**
**SIN EMBARGO, AMBOS A LA VEZ**

| | |
|---|---|
| Un hombre de ideas | 20 |
| Los caballeros del novecientos | 42 |
| ¿De qué hablamos cuando hablamos del Indio? | 47 |
| Los Indios de la Exposición Brandes | 51 |
| La Tempestad | 59 |
| Mariátegui | 71 |
| El Indio Escalante | 87 |
| Arguedas y *Los doctores de la Mesa Redonda* | 93 |
| Uriel García y *La Cueva de la Peruanidad* | 97 |
| El Carnaval Huamanguino de Rosa Escarcena | 109 |
| ¿Y quién no lo es? | 122 |

En casi todo el periodo republicano se mantuvo el mestizo en la misma condición de inferioridad y de silencio que tuvo durante la Colonia. Es por esta causa que ni en la literatura de la Colonia ni en los primeros tiempos de la República se encuentra ninguna obra de verdadero valor como expresión del pueblo andino y del paisaje en que vive. Pero los mestizos siguen aumentando en número y en cultura, y llegaron a ser el pueblo, mayoría en el Ande del Perú como ciudadanos y como espíritu. Y no pudo dominar Occidente a este mestizo porque su profunda entraña india lo defendió. Y siguió y sigue pugnando por crearse una propia personalidad cultural.[1]

*José María Arguedas*

---

1 Arguedas, J.M. *Entre el kechwa y el castellano la angustia del mestizo*. Revista *Huamanga* No. 28. 1939.

¿Tiene algún sentido, para el ciudadano de hoy, tratar el tema del *Indigenismo*, movimiento que agitó las mentes ilustradas de cien años atrás? Otras preocupaciones comprometen los destinos, otros dilemas distraen las luces y nuevas ilusiones relampaguean en el horizonte. Preocupa a los hombres la inestabilidad política y social del país que habitan y que esperan legar a las futuras generaciones. Culpan de las zozobras a los sucesivos gobernantes de sus recuerdos. Alan García, hace tres décadas; Juan Velasco Alvarado, hace cinco. Antes de Velasco, los recuerdos se pierden en la oscuridad; luego de García, se asfixian en la prepotencia, el cinismo, la corrupción. No hallaron estos gobernantes las fórmulas que hicieran posible el despegue del país y lo encaminaran a un desarrollo en salud. ¡Qué gobernantes! Prófugos unos, enrejados otros, testimonian los defectos en la interpretación de las necesidades del país, y sus erráticas medidas de gobierno. Pero nuestros ciudadanos no están para esos análisis. Atienden ya a otra elección presidencial, escuchan a viejos *blakamanes* y a otros que estrenan turbante y bola mágica, auscultan los coloridos

programas de gobierno con la esperanza que del pelotón de candidatos brote el salvador. Embargados por los entusiasmos de feria y por los aires místicos que rondan a los cambios de gobierno, no reparan que la comprensión de la realidad, compartida por electores y candidatos, adolece de graves defectos. Estrechez de visión histórica, ligereza en el análisis, incapacidad para interpretar la causalidad de los eventos –esto hoy ocurre así, porque ayer ocurrió asá–, que lo conducen a confiar en los simpáticos charlatanes y en sus emplastos y frotaciones, en soluciones de coyuntura, para un organismo social cuyas dolencias son estructurales. El llamado *Indigenismo* fue, hace cien años, un síntoma con que se manifestó ese organismo enfermo.

Es posible que los problemas comenzaran dos siglos atrás, en las postrimerías de la Colonia, cuando las elites criollas culparon al gobierno español de injusticias en el reparto de cargos administrativos, honores y privilegios, reclamaron el disfrute de esa tierra conquistada y organizada en *República de Indios* y *República de Españoles,* para ellos, que eran los hijos de los conquistadores. Un fragmento de su reclamo:

> Cuando nuestros antepasados se retiraron a una distancia inmensa de su país natal, renunciando no solamente al alimento, sino también a la protección civil que allí les pertenecía, y que no podía alcanzarles a tan grandes distancias, se expusieron, a costa propia, a procurarse una subsistencia nueva, con las fatigas más enormes, y con los más grandes peligros. El gran suceso que coronó los esfuerzos de los conquistadores de América, les daba, al parecer, un derecho, que, aunque no era el más justo, era a lo menos mejor, que el que tenían los antiguos godos de España, para apropiarse el fruto de su valor y de sus trabajos. Pero la inclinación natural, a su país nativo, les condujo a hacerle el más generoso homenaje de sus inmensas adquisiciones; no pudiendo dudar que un servicio gratuito, tan importante, dejase de merecerles un reconocimiento proporcionado, según la costumbre de aquel siglo, de recompensar a los que habían contribuido a extender los dominios de la nación.
>
> Aunque estas legítimas esperanzas han sido frustradas, sus descendientes y los de los otros españoles, que sucesivamente han pasado a la América, aunque no conozcamos otra patria que ésta, en la cual está fundada nuestra subsistencia, y la de nuestra posteridad, hemos sin embargo respetado, conservado, y amado cordialmente el apego de nuestros padres a su primera patria. A ella hemos sacrificado riquezas infinitas de toda especie, prodigado nuestro sudor, y derramado por ella con gusto nuestra sangre. Guiados de un entusiasmo ciego, no hemos considerado que tanto empeño en favor de un país, que nos es extranjero, a quien nada debemos, de quien no dependemos, y del cual nada podemos esperar, es una traición cruel contra aquél en donde somos nacidos, y que nos suministra el alimento necesario para nosotros y nuestros hijos; y que nuestra veneración a los sentimientos afectuosos de nuestros padres por su primera patria, es la prueba más decisiva de la

> preferencia que debemos a la nuestra. Todo lo que hemos prodigado a la España ha sido pues usurpado sobre nosotros y nuestros hijos; siendo tanta nuestra simpleza, que nos hemos dejado encadenar con unos hierros que, si no rompemos a tiempo, no nos queda otro recurso que el de soportar pacientemente esta ignominiosa esclavitud.[2]

Lograda la Independencia, las reconvenciones se volcaron hacia los libertadores. Simón Bolívar y José de San Martín vinieron, hicieron lo que tuvieron que hacer y partieron, dejando que los Riva Agüero y Torre Tagle se arreglaran con esas repúblicas de indios y españoles en franca erosión. De modo que de los restos del colapso colonial emergió la República Peruana, pegoteo de criollos, indios refundidos en remotas cordilleras, y unos invisibles mestizos. Los indios provenían de naciones milenarias, que habiendo soportado la gobernación Inca con su desarraigadora política de mitimaes, y soportado las mitas y encomiendas españolas, llegaban a los vestíbulos republicanos agotados por el esfuerzo, para enterarse que los criollos asentados en Lima se erigían en representantes de todas las naciones y tomaban el comando, de país, de riquezas y de gentes. Los mestizos Agustín Gamarra y Andrés de Santa Cruz intentaron disputarles el control, movilizando indígenas de las naciones que pudieron –¿quién más toma las armas en las batallas?–, hasta que Ramón Castilla, mestizo y último caudillo, puso el país en manos de la recompuesta elite criolla. Propietaria

[2] Vizcardo y Guzmán, J.P. *Carta dirigida a los españoles americanos*. Londres, 1799.



ahora de las haciendas expropiadas a los españoles, explotadora del guano de islas, propiedad de la joven república, recibió el gobierno de manos de Castilla y se constituyó en *Oligarquía, gobierno de unos pocos, en beneficio de esos pocos.* La elite era consciente que tenía en manos una sociedad apenas en formación. No tardó en asomar Manuel Pardo, con un escrito que, analizando en apariencia las causas de la medianía de las obras literarias del tiempo de su padre, revela su visión del edificio en cuyo gobierno su clase social se halla comprometida:

> Las sociedades americanas ocupadas exclusivamente del laborioso trabajo de su formación, ofrecen hoy el espectáculo de un vasto terreno desigual y accidentado donde yacen en confuso montón todos los materiales que han de servir a la construcción de un edificio majestuoso.
>
> La reunión armónica de esos materiales, la construcción de ese edificio, su organización política, en una palabra, he allí la gran tarea que absorbe todas las fuerzas de los pueblos americanos; y como el ingenio humano obedece a una tendencia análoga a las necesidades de los tiempos, es de presumirse que mientras el edificio social americano nō esté bastante adelantado para necesitar los adornos de las artes, ni los pueblos estarán lo suficientemente preparados para acogerlas, ni los ingenios encontrarán estímulo para su cultivo.
>
> Por eso no tiene América una literatura formada y propia, habiendo poseído y poseyendo talentos vigorosos y originales. Falta a los ingenios america-

> nos la quietud indispensable para el estudio, y la tranquilidad necesaria al desarrollo de trabajos de largo aliento; fáltales la atmósfera favorable en qué desarrollarse; fáltales el público que premie, siquiera con aplausos, el fruto de sus veladas; y no solamente carecen nuestros ingenios de estas condiciones esenciales y cuya ausencia es causa bastante a explicar el poco fruto que dan en nuestro suelo las artes liberales, sino que envueltos en el torbellino del movimiento político, que atrae y consume toda inteligencia que descuella, se ven involuntariamente separados del culto de su predilección y arrastrados por la vorágine política.
>
> Ni es de extrañar la presencia de este fenómeno en América en donde aún está todo por formarse desde la raza hasta las instituciones y en donde, por consiguiente, las facultades deben ser absorbidas en proporción a la magnitud de la obra: ese fenómeno lo encontramos en todas las edades y en todas las naciones en las épocas de sus crisis políticas. La atmósfera cargada de las tempestades que quizás fecunda las artes y las letras no les permite sin embargo producir sus frutos sino cuando apaciguado el furor de los elementos se presenta en el horizonte el arco de la paz.[3]

Sociedad en formación, que diez años después apenas será arrastrada a las batallas de Tarapacá y Arica, con sus

[3] Pardo M. *Prólogo a las poesías y escritos en prosa de don Felipe Pardo*. 1869. Evaristo San Cristóbal editor: 215.



contingentes indígenas, eficientemente armados y pobremente vestidos, luego a la defensa de Lima en San Juan y Miraflores, finalmente a la toma de Lima contra el traidor Iglesias, bajo las órdenes de Cáceres. Y fin de la guerra. Pérdida de las provincias sureñas; y, un poco más, pérdida de todo el territorio, para quedar convertidos en colonia chilena con Lima capital, probablemente para entonces convertida en Ciudad Portales. Lo evitó la presión extranjera. La guerra ocasionó que la presencia de las tropas indígenas, harapientas y descalzas, olfateando por la senda del retorno a sus cordilleras, impactara en la sensibilidad de los criollos de la nueva generación, e hiciera añicos la visión de los que nacidos luego del periodo caudillista ignoraban las miserables maniobras de sus padres en el poder. De modo que no eran ellos los únicos habitantes del territorio, de modo que lo compartían con esos indios, en cantidades jamás imaginadas, que ellos eran también parte de la peruanidad. Ese paralizante pálpito de vergüenza fue el primer indigenismo. Una respuesta emocional que pronto se convirtió en exclamación indignada.

Manuel González Prada, nieto de un español Contador de Cajas Reales de Salta, elevó su voz indignada frente a la dolorosa revelación en la humillada república que apenas comenzaba a convalecer:

> No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera. Trecientos años ha que el indio rastrea en las capas inferiores

de la civilización, siendo un híbrido con los vicios del bárbaro y sin las virtudes del europeo: enseñadle siquiera a leer y escribir, y veréis si en un cuarto de siglo se levanta o no la dignidad del hombre..."[4]

El discurso parecía el eco del grito lanzado dos décadas atrás por el mestizo puneño Juan Bustamante Dueñas, comerciante de lanas y diputado por Lampa, que enrostrara a Lima el olvido en que tenía a los indígenas de su región:

> La nación peruana no es la asociación de los individuos moradores de la costa del Perú, no son esos pueblos solos los que constituyen la república: la nación tiene pueblos numerosos en el interior, esos pueblos son de indios; de indios que tienen necesidades, de hombres, a quienes los gobiernos no deben abandonar sin proporcionarles los medios de que han menester para la realización de sus fines morales, políticos y religiosos. La nación es constituida por un crecido número de indios excedentes a la raza blanca moradora de las costas del Pacífico; los indios tanto como los blancos, contribuyen a sobrellevar las cargas del Estado, pero como ellos, no gozan de las mismas garantías individuales, de los mismos derechos.
>
> Los indios en el Perú, no han sido, ni son en la actualidad, los hombres libres, los ciudadanos de los pueblos; antes sí los esclavos envilecidos de la raza naciente, los parias del Perú, el blanco de los abusos de las autoridades religiosas y políticas, las víctimas

4 González Prada, M. *Discurso del Politeama,* 1888.



> humildes del sable del militar. Siempre humillados, frente a la dolorosa revelación siempre despreciados, arrastran la cadena del esclavo que para siempre debiera haber rodado a los pies de la patria en los campos de Ayacucho, sus pueblos arruinados, el embrutecimiento y el atraso; van cada día en peor estado, sus lágrimas no dejan de verterse, sus hogares no han dejado de ser allanados, sus pueblos se explotan y saquean; víctimas de los abusos hasta de sus curas, no pueden considerarse libres: ellos y sus hijos han sido los que el látigo del amo haya cesado de infamarlos; siempre súbditos, nunca gobernantes, han carecido de oportunidad, para expresar sus necesidades; mientras que los mistis han monopolizado todos los puestos públicos.[5]

Comenzado el siglo XX, hay quienes alimentan aún la creencia de que los indios habitan *la banda oriental de la cordillera,* sin reparar que los aludidos pululan en calles y plazas del Cercado, que constituyen la activa masa de pescadores, panaderos y campesinos que proveen de granos y tubérculos a la ciudad. Tampoco reparan que los mestizos, cuya presencia demorarán unos años en distinguir, laboran en escuelas y peluquerías, juzgados y bodegas y, más, que el mestizaje recorre las venas de todos aquellos que se consideran *peruanos* a secas. La obra de los pensadores del naciente nuevo siglo, generación afectada por la experiencia de la guerra, permite asistir al despertar de la conciencia criolla en el panorama político y social de 1900.

5 Bustamante Dueñas, J. *Los indios en el Perú*, 1867.

## Un hombre de ideas

Comienza apenas el nuevo siglo, cuando se levanta la documentada voz de José de la Riva Agüero y Osma, *Carácter de la Literatura del Perú Independiente* (1905). Ensayo insólito y discrepante, género extraño a estos lares, pretende enmendar la tradición de José Pardo, Manuel Ascencio Segura y Ricardo Palma, que flotan todavía en las extinguidas atmósferas virreinales, convencidos que la literatura peruana constituye una extensión de la literatura española. ¿No viajaban a Madrid en busca de reconocimiento y en pos de una mirada de aliento de su academia de la lengua?

Riva Agüero sobrevuela el panorama a otras alturas. El párrafo inicial de la tesis plantea una premisa lúcida y, para el medio, osada. En el país se desarrollan dos culturas, dice, resultando implícito que dicha confluencia de culturas está resolviéndose en un mestizaje:

> Dos razas, aunque en muy diverso grado, han contribuido en el Perú a formar el tipo literario nacional: la española y la indígena.[6]

Enunciada la proposición, solo queda sustentarla para visualizar el teorema. El expositor comienza por analizar las características de cada *raza* concurrente. Reconoce en primer lugar los rasgos del español, cuyo idioma y tradición cultural fueron desarrollados y cuajados bajo las condicionantes de culturas de ultramar:

6 Riva Agüero, José de la. *Carácter de la Literatura del Perú Independiente, 1905:* 65.



> Quizás el ideal caballeresco y aventurero, tan claramente manifestado por la literatura y la historia de los siglos de oro españoles, no proceda totalmente de la índole de la raza; quizá sea expresión de las particulares circunstancias en que por entonces se encontraba España [...] De modo que la literatura clásica castellana no debe considerarse únicamente, según tantos lo hacen, como expresión del genio nacional; sino también y en gran parte, como expresión, de un momento histórico ya pasado.
>
> Sin embargo, no ha de negarse que mucho de ese espíritu caballeresco, mucho de D. Quijote, constituye el alma de la raza, pero es una especial caballerosidad, bien distinta de la francesa o de la germana. En el castellano (genuino representante del carácter castizo) aparece tal cual es: seria, adusta, ajena a sensiblerías y ternezas, más próxima a la acción práctica de lo que generalmente se cree. La imaginación castellana, rica en luz, pero pobre en matices, como los paisajes de Castilla, plástica y precisa, carece de morbidez y de suaves contornos. Taine ha escrito que el fondo del carácter español es "el deseo de sensaciones excesivas". Acertadísima es la observación del eminente crítico, pero conviene limitar su alcance. Será ese deseo una de las cualidades del carácter español, de *cierto carácter español*; pero no puede considerársele, según lo pretende Taine, como su *cualidad esencial y dominante.* La psicología de la raza española es más compleja y la componen diversos y antitéticos elementos que no se dejan en-

cerrar tan fácilmente en una sola fórmula. Concretándonos a la literatura, gran número de obras netamente castizas, y tanto antiguas como modernas, presentan caracteres muy contrarios: *pesadez; estilo perezoso, difuso e incoloro, monotonía abrumadora,* semejante a la de las pardas llanuras de Castilla; señales todas de sensaciones lentas y excesivas.[7]

Y analiza la otra faceta de esa literatura, la de la exaltada sensibilidad, con la que completará el retrato del alma castellana que llegó a estas tierras.

> Literatura de imaginación fogosa, pero de sensibilidad viril y ruda, es la castellana, unas veces idealista, con idealismo severo; otras, realista, con realismo trágico y sombrío, como el de los cuadros de Zurbarán y Velásquez; y otras pródiga de elementos pintorescos, hasta ocultar y ahogar el fondo bajo la profusa pompa de la ornamentación.[8]

Este español, trasplantado a otro territorio y a otro clima, desarrolla en el nuevo territorio una rutina de nuevas actividades que generan una nueva tradición cultural y conforman a la postre otra nación: la criolla. Es la cultura que predomina en la literatura colonial y republicana y pasea su chispeante charla por las páginas de Pardo, Segura y Palma. La mudanza de uno a otro territorio ocasiona cambios en las comunidades humanas, así carguen en la maleta el idioma de sus padres y la tradición de sus abue-

7 *Op. Cit.*: 67.

8 *Op. Cit.*: 66.



los. Los peregrinos ingleses arriban a bordo del *Mayflower* a las playas de Terranova en 1620, y cien años después sus descendientes son los colonos de una nueva nación. Igual ocurre con los *mitimaes* del incanato. Pueblos completos desarraigados y trasladados a nuevas ubicaciones dispuestas por el Inca. Adiós *Apus* tutelares, adiós gran río de los antepasados, hasta nunca osamenta de los cementerios. Décadas después, esos pueblos no son más los enemigos del imperio Inca. Cambiado el territorio, el idioma, o la tradición, resulta otra nación.[9]

Riva Agüero comprueba la metamorfosis sufrida por el español en suelo americano:

> La raza española, trasplantada al Perú, degeneró de sus caracteres en *criollismo*. [...] La influencia debilitante del tibio y húmedo clima de la costa, núcleo de la cultura criolla; el prolongado cruzamiento y hasta la simple convivencia con las otras razas india y negra; y el régimen colonial que, apartando de la vida activa, del pensamiento, de la guerra y del trabajo y favoreciendo el servilismo y la molicie, produjo hombres indolentes y blandos; tales fueron los factores principales que determinaron esta transformación.[10]
>
> El ingenio se aguzó y ganó en brillo y gracia, perdiendo en solidez; la voluntad se hizo más flexible, pero mucho menos firme y robusta. El pueblo espa-

9 Con excepciones. Como esas naciones errantes de la Historia, que deambulan sin territorio resistiéndose a ser devorados por el olvido.

10 Riva Agüero, J de la. *Op. Cit.*, 69.

ñol, tras largos intervalos de inercia, tiene periodos de fecunda actividad; y en cuanto a la resistencia tenaz, a la obstinación en la defensa, a la voluntad *negativa, de no querer algo*, tal vez ninguno lo aventaje. Poco de esto ha tocado en herencia al criollo. En él las impresiones son más rápidas y menos fuertes, la tenacidad estoica ha desaparecido del todo, y el repentino despertar de la voluntad está reemplazado por una sucesión continua de propósitos y entusiasmos, que, oponiéndose unos a otros, impiden la acción perseverante.

[...]

Este carácter criollo (cuyo más fiel representante es *el limeño*) predomina en toda la literatura peruana, lo mismo en la Colonia que en la República; lo mismo en Caviedes que en Segura, Palma y Pardo; y en virtud de su superioridad anula casi por completo, la influencia que ha podido ejercer el genio de la raza indígena.[11]

Posteriores estudios sobre la literatura peruana, permiten a Riva Agüero reconocer el valor de la *tradición*, género cultivado por Palma; ponderar la prosa candente y filuda de Manuel González Prada; destacar finalmente la presencia del Inca Garcilaso de la Vega y los componentes culturales que entretejen su sólido mestizaje. Amplia versación literaria –destaca–, sólida formación clásica y vívidos recuer-

11 Riva Agüero, J de la. *Op. Cit.*, 71. N.A.: Y fueron esos *hombres indolentes y blandos*, que, independizado el país, se hicieron cargo de su manejo y lo ejercen hasta el día de hoy.



dos del Cuzco primigenio. Un mestizaje que desde aquellos tiempos vendría a encarnarse en levantiscos artesanos plateros, en Túpac Amaru II y en Mateo Pumacahua. El mestizo tentó fortuna con Santa Cruz, con Gamarra y con Castilla. Unas veces intentando mimetizarse en los salones de la elite, otras veces abandonándose al jolgorio indígena, entonando tristes yaravíes, o zapateando al estilo andaluz, orgulloso heredero de ambas tradiciones. Atravesó el primer siglo de la vida republicana, subrepticio, camuflado, mimético, nunca reconocido, menos reivindicado. Y he aquí que se levanta la voz de Riva Agüero, pregona con orgullo su filiación hispánica, a la vez que involucra a sus ancestros nativos, haciéndose eco de la voz que tres siglos atrás lanzara a los vientos el Inca Garcilaso.

Superada la etapa del impacto emocional producido por las humillaciones de la guerra, cuyo irritado portavoz fue González Prada, Riva Agüero continúa la necesaria evaluación histórica del proceso con *La historia en el Perú* (1910). Pasa revista a los historiadores desde Garcilaso del siglo XVI hasta Mariano Felipe Paz Soldán en el siglo XIX, guiado por el afán de conocer la realidad que alcanzaron a historiar. Agotada la revisión decide emprender un viaje de visita a los escenarios donde transcurriera la mayoría de los eventos. Emprende viaje a los misteriosos Andes peruanos, mismo corazón de las tinieblas, quién sabe si en busca del eslabón que le permita entroncar con su tradición nativa. *Paisajes Peruanos*[12] testimonia el periplo iniciado en el Cuzco, ombligo del mundo, con un paseo por las calles y

12 Riva Agüero, J. de la. *Paisajes Peruanos*.

plazas de la ciudad en junio de 1912. *Comentarios Reales* en mano, atestigua José Gabriel Cossío, su guía, comprueba la posición de los palacios imperiales, de las casas de los conquistadores, registra detalles, contempla la arquitectura a través de las frases y párrafos de Garcilaso. Las piedras y balcones pulsan las cuerdas de su memoria, reproducen en sus pupilas la realidad aprehendida en la biblioteca. Pronto comienza a percibir un divorcio entre el Cusco real contemplado y las impresiones librescas recordadas. Frente a él se agitan los fantasmas de los Esquibeles de Valle Umbroso, los Silva, los Marqueses de Casa-Jara condes de Valle Hermoso cuyo solar del Cuzco pasó a manos extrañas y *sirve hoy por su espaciosidad de fábrica de cerveza*. Tristes pensamientos brotan de la contemplación de algunos miserables indígenas. Mundo físico de rocas talladas y silencio... y miseria. No ofrece este universo párrafos introductorios, ni frases equilibradas para solaz de la inteligencia, menos respuestas a las interrogantes ni invita a conclusiones definitivas. Haber llegado a Belén para hallar un pesebre vacío donde tal vez nunca hubo un Nacimiento.

Pero ahí están los Incas y su séquito, y los encomenderos de alcurnia y los conquistadores de valor. Y también el burlón andaluz que se finge el indio noble Concolorcorvo. Y los fantasmas de las guerras civiles, de Gonzalo Pizarro y Hernández Girón. Abandona el Cuzco, dejando atrás a unas devotas que transitan *arrebujadas en pañolones obscuros... se dirigían a la fiesta próxima; y un indio de gorro colorado arriaba* (sic) *una recua de llamas hacia la Plaza*. Deja atrás esa ciudad cargada de historia... *repitiendo vagamente los citados textos históricos,* hace alto *para despedirme de la*



*vieja población, emperatriz destronada de infaustos destinos.* Cuzco colonial en ruinas: los tallados balcones moriscos se caen de vetustez, los zaguanes obscuros, los silenciosos patios, los desvencijados balaustres y barandales de madera, las carcomidas pilastras y zapatas pintadas de verde o celeste, las gastadas escaleras de piedra; la queja de las fuentes que, bajo rudos mascarones labrados en los muros torvos, vierten su escasa vena, los envejecidos oros churriguerescos de las iglesias, los largos portales, los claustros taciturnos, las plazoletas cubiertas de grama [...] las casas arruinadas que en Belén y Santiago desaparecen sumergiéndose entre desmontes y sembríos, como un cadáver cuyas extremidades comenzaran a emerger del polvo. El reino de la decadencia y de la muerte.

Al ritmo del tranco de su mula, la realidad contemplada desplaza a los recuerdos de lo leído. En cada nuevo escenario, los senderos le exigen un nuevo vocabulario. El afán descriptivo y la remembranza histórica palidecen frente a los despeñaderos por donde se deslizan las reflexiones que se empeña en presentarlas luminosas. Comienza a conocer sus propios límites peruanos. Como todo viajero, solo observa aquello que conoce. El canal que trabaja David Samanez Ocampo para conducir el agua desde el nevado Salcantay hasta su hacienda Marcahuasi, 23 kilómetros, apenas llama su atención. No ve obras en curso, ni indios, menos clases sociales, ni el drama social heredado de la Colonia que viene desarrollándose en las haciendas del otro lado de las montañas. En la llanura de Anta lo espera la matanza de las mujeres de Huáscar por órdenes de Atahualpa.; en Yahuarpampa las destruidas tropas chancas batidas por Pa-

chacútec. Lo recibe un hacendado que enciende el fonógrafo para su disfrute, cuando él preferiría oír la lejana *cachua* que la brisa le lleva desde el otro lado de la plaza. Intenta reconocer el lugar donde pudo haber caído Francisco de Carbajal, *el maestre de campo de Gonzalo que aconsejaba a su caudillo casarse con una coya y coronarse Rey del Perú*. Desde las casonas coloniales lo saludan blasones esculpidos en piedra. Trata de reconocer las residencias de los *descendientes legítimos de los soberanos autóctonos del Perú*. ¿Alguien lo recuerda? En Zurite acepta apadrinar a los hijos de un *acomodado agricultor* y de *tres vecinos notables*. En la misa celebrada, casi en su honor, tiene ocasión de contemplar a *la muchedumbre indígena, maloliente y andrajosa… indias ancianas, desgreñadas, de rostros apergaminados, de misérrimo traje, que rezan con increíble fervor y a cada instante besan el suelo.* Ante semejante espectáculo que le ofrecen los descendientes de los incas, levanta la mirada a la techumbre interior del templo donde *anidan infinidad de pajaritos, que con sus vuelos y píos alegran la ceremonia.*

Deja atrás la iglesia donde se casara el general Agustín Gamarra, triunfante Jefe de Estado Mayor de la batalla de Ayacucho con doña Francisca Zubiaga. Desciende al Apurímac por la miserable quebrada de Limatambo, donde asentara su cuartel el general La Serna cuando preparaba la campaña de Ayacucho. *Paisaje austero y bravío*, vigilado siempre por el nevado Salcantay. Fundo Tarahuasi, restos de muros pétreos, un terraplén, vestigios de cuarteles y almacenes del inca. Hacienda Marcahuasi al fin, donde se hospedara Garcilaso de la Vega en su viaje hacia España, de David Samanez Ocampo, el montonero que acaudillara



la revolución de 1910. Visita a *la gran acequia que labra, con la cual extenderá sus cañaverales y reparará los quebrantos causados por las tropas de Leguía*. Visita el santuario guardado por la profetisa y sacerdotisa Asarpay que se lanzara al Apurímac a la llegada de los españoles. El recuerdo de sus lecturas lo asalta otra vez. *Los cerros descomunales muestran sus dorsos pelados y hostiles, como una manada de monstruos antediluvianos.* Y el río *es una gran serpiente escamosa, el fantástico "amaru", el mítico dragón de los Incas.* No lo amilanan *la escabrosidad de las riberas, increíble para quien no la haya visto…evoca un cataclismo ciclópeo, una marea de tempestad petrificada.* Y a la salida de la quebrada del Apurímac *se escalonan las sierras yermas, desmesuradas, amenazadoras, como un ejército de titanes que pretendiera escalar los cielos y extinguir a luz del sol.* Duerme en otra hacienda y sube a Curahuasi, el paraíso del anís. Concacha, la enigmática piedra de los sacrificios. Y no ve gentes en su recorrido. A veces ovejas, guardadas por indiecitos de corta edad. A veces *gime a lo lejos una quena pastoril.*

Baja por la quebrada de Sojllacasa a la llanura del Abancay. Hasta aquí ha recorrido un cementerio, con algunas tumbas que las lluvias se empeñan en profanar. Abancay y la fiesta del Corpus. Indígenas ebrios, disfraces, máscaras. Delante de la cárcel una mendiga, *testimonio infeliz del desvalimiento indio. Tendida en el suelo a lo largo, paralítica o entumecida por la fiebre, envuelta en una sucia bayeta, deliraba y se quejaba en sonidos inarticulados; y nadie en toda la mañana pareció prestarle atención.* La población se anima con desfiles y músicas. Rumores de golpe de estado, agitación política considerable en la provincia, rivalidades loca-

les, menos tempestuosas que en el Cuzco. ¿Cuándo cesará la protesta armada en estos pueblos?

> ...si se logra establecer entre gobernados y gobernantes el concepto de la indispensable disciplina nacional y el predominio absoluto de fines externos y supremos ¡qué magnifica aplicación podría darse a todas estas energías que hoy se malgastan y derrochan en contiendas intestinas y obscuras, y en mediocres inquietudes eleccionarias!
> El tropel contradictorio de noticias que traen los diarios limeños y las reflexiones que provocan, se disipan en la calma vespertina. A la sombra de los Andes eternos, que miraron pasar Incas y Conquistadores, diríase un desacato el mezquino rumor de la actualidad menguada. Y para el alma del Perú que duerme en las sublimes moles, aguardando la hora del destino ¿qué significado ha de tener la presente vida política, pobre entremés, largo e insípido intervalo entre dos dramas, farsa sin ideal, sin empuje y sin mañana?[13]

El firmamento le revela sus luceros, lo remonta a recordar el conocimiento que de los cielos tenían los incas, y los cuerpos siderales erigidos en sus dioses, y celebra su espíritu poético al bautizar a sus ñustas con el nombre de las estrellas. *¡Singular raza, hoy tan envilecida; ¡y que, entregada a su propio impulso, en la solitaria penumbra de su antigua barbarie, alcanzó a columbrar tantas exquisiteces!*[14]

13 *Op. Cit.*: 46.
14 *Op. Cit.*: 47.



Abandona Abancay custodiado por los gendarmes que ha puesto a su disposición el anciano prefecto, coronel José del Carmen González. Pasa por las ruinas de Curamba, baja a la hacienda Pincos del senador Trelles donde decide tomar un descanso de dos días. Había allí un tambo importante, obligada pascana en la ruta de Lima al Cuzco. Y en tiempos prehispánicos se había llevado a cabo allí la batalla entre los ejércitos de Huáscar y Atahualpa.

Andahuaylas llama su atención por su aislamiento, por la amabilidad de su gente, mayormente mestiza. Lamenta que no exista una carretera que la conecte con otros pueblos y la desarrolle. Desciende a la abrupta quebrada del río Pampas, uno de los más imponentes y soberbios de las serranías, arriba a un poblado fantasmal:

> La aldea de Cachi, situada al pie de las salinas es una de las poblaciones más desoladas y miserables que cabe ver en el Perú, tan pródigo en escombros. [...] En las callejuelas de Cachi, entre casas derrumbadas y agrietados bardales, transitaba una india vieja, cargada de leña y ramas a la espalda, de mechas revueltas y ojos fijos, cuya decrépita y torva expresión nos la hizo imaginar bruja del pueblo desierto. No habría podido, en verdad, descubrir un pintor, modelo más acabado de hechicera maléfica.[15]

Atraviesa el Pampas por un paisaje seco y calcinado. Es el río que atravesaron los ejércitos patriota y realista rumbo a la batalla final:

15 *Op. Cit.*: 60.

> ...entre sarmientos de parras secas, manchas de cañaverales mezquinos, hileras de maíz que ascendían penosamente los declives y se detenían vencidos por la esterilidad del terreno. Peñas de un gris enfermizo, no consienten sino magueyes enhiestos, semejantes a enormes y furiosas serpientes verdes que se irguieran en son de ataque; y amarillas retamas, cuyas matas, calcinadas por el sol, despiden un acre y concentrado aroma que hace pensar en las estancias funerarias.
> [...]
> Cuando, de la tétrica angostura, miramos resplandecer arriba, en la gloria implacable del cielo, las pirámides de nieves eternas, o concentrarse en las cumbres las masas compactas y purísimas de nubes, como inmaculados bloques marmóreos, se nos presentan a la imaginación cual si fuesen misteriosas apariciones angélicas, entrevistas desde profundidades comparables a las del Infierno de Dante.

Arriba a Carhuanca convencido de haber transitado del purgatorio al infierno. Consigue posada en un galpón que funciona como escuela primaria, y cae enfermo. La fatiga, la fiebre, la pesada atmósfera de un Perú conocido por su lectura de los cronistas y el Perú de la realidad se dan el encuentro esa noche de Carhuanca. Frente a los mapas del Perú irónicamente colgados en la quincha que hace de pared, reniega de ese viaje, de ese descenso a los infiernos. Evalúa la distancia que le falta recorrer para alcanzar la paz que le ofrecen los parques de Lima donde conoció árboles y pájaros, pero árboles y pájaros de otro mundo.



Supera la agonía y llega a Vilcashuamán. Ruinas. Un reencuentro con el esplendor del imperio a la luz de los cronistas Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui, y Cieza de León. La residencia del Virrey o *Tucuiricuj*. Los aposentos de las quinientas vírgenes sagradas y las otras quinientas mujeres del inca. Los cincuenta porteros que guardan el templo. En vez de los pasados cánticos de adoración al sol y de las frenéticas aclamaciones al monarca del Tahuantinsuyo, turban la soledad el *trino de los pájaros, los humildes ruidos del corral, el paso de una recua de llamas.* La torpe realidad imponiéndose en cada paso a la majestad de los recuerdos. Ruinas. País pródigo en ruinas. Puertas de estilo incaico de palacios en ruinas. *Un resplandor de oro líquido inundaba la llanura del oeste y sus despedazados palacios; y ese haz de exacerbados rayos sobre el pálido verde del suelo y los tonos obscuros de las murallas ciclópeas, nimbo de nostalgia indefinible, semejaba un llanto solar de agonía. Restos de un gran naufragio histórico.*

Sin que se lo proponga, su memoria reconstruye el desfile de treinta mil guerreros indios de todas las armas del imperio, y de todas las vestimentas, con sus capitanes lujosos y el inca con sus collares de perlas y esmeraldas, en sus hamacas los mayores caciques, y en derredor del trono los sacerdotes, los amautas del imperio y los dignatarios de los cuatro suyos. Y ahí los bufones, juglares y enanos, los músicos animando los aires para que los jefes vencidos de reinos enemigos se echen a tierra y formen la alfombra viviente sobre la cual camina el inca. La magnificencia se esfuma de pronto y desaparecen las páginas de los cronistas, y Vilcashuamán vuelve a sumergirse en la soledad y su reposo milenario.

Ayacucho al fin. Y el recuerdo de los antiguos habitantes de la colonia. No observa a los sujetos actuales ni se preocupa por las actividades que los diferencian y estratifican. Ayacucho es viejas quintas, desaparecida prole de conquistadores, iglesias de campanarios mudos. Nuevamente los cronistas acuden en su auxilio:

> Esta sociedad aristocrática (marqueses, encomenderos, Corregidores, Intendentes, Condes, Vizcondes, Duques, que la habitaron en la colonia) y el Obispo y su coro mantenían el brillo y la animación de Huamanga, ciudad alegre, regalona y sensual, de indulgencia eclesiástica, en la que cuenta Bustamante que compraban mucho a los mercachifles y comerciantes, "los señores canónigos y curas, para su uso y el de sus familias". Lo último es malicia del picaresco Bustamante, para zaherir la proverbial incontinencia del clero huamanguino. Las canonjías y curatos daban crecidas rentas. La plebe mestiza, ingeniosa y bien parecida, trabajaba en los oficios de adobar cueros y pintar baquetas para asientos y baúles, en obras de platería y filigrana, en pellones y monturas, en tejidos de lana y algodón, en famosas conservas de dulces, y en esculpir imágenes utilizando el blando alabastro de yeso llamado *piedra de Huamanga*. Tenían los habitantes renombre de belicosos y ladinos; y aún hoy sirven de graciosos o bufones en las fiestas populares de enmascarados en todo el sur del Perú. La decadencia se inició a mediados del siglo XVIII, cuando algunos títulos y mayorazgos pasaron a residir en Lima, y se adeudaron y obscurecieron otras familias nobles de la localidad. Aun se ven muchas señales de la difunta vida hidalga: antiguas cocheras, convertidas en pulperías y tendejones; grandes patios, que se han trocado en corrales; y escaleras de suaves y espaciosos peldaños, a veces inútiles porque se han arruinado los altos a que conducían. El área de la población resulta demasiado holgada para el vecindario actual. Hay calles medio desiertas. Hace cien años, Bauzá le daba 30,000 almas; no parece ahora contar efectivamente con más de 16,000. Y la despoblación lleva camino de continuar si no se apresuran a construir el ferrocarril, a irrigar la campiña, a proteger alguna industria y a combatir la insalubridad.[16]



Cada roca del Cuzco guardaba la historia incaica, cada roca de Ayacucho es depositaria de la historia colonial de las serranías, como ninguna otra ciudad. Censura que un alcalde haya plantado arbolitos en la plaza quitándole *su único atractivo que era su rancio aspecto de la Colonia.* Esa plaza lo recibe con su desfile de los degollados y de los guerreros de ejércitos que por ella transitaron. Evoca esperanzado el destino de estas ciudades, y de sus habitantes. No serán más los españoles de la colonia, ni serán los Incas, sino la descendencia de unos en los descendientes de los otros:

> Si La Paz y Arequipa son las mestizas modernas, que procuran ataviarse a la europea; y el Cuzco, la noble palla incaica, empobrecida y desamparada, que en-

16 *Op. Cit.*: 100.

tre sus andrajos guarda algunos retales agujereados y preciosos de su antigua túnica imperial; Ayacucho es la rancia mestiza españolizada de la Colonia, que mantiene inmutables entre sus cerros las creencias y las costumbres que le enseñaron sus padres los Conquistadores. Viviendo su tradición y consciente de su melancólica decadencia, no exenta de altivez, sueña y quizás espera, como sus hermanas, las otras viejas ciudades andinas del histórico Perú, Sucre, Potosí y Cochabamba en Bolivia, el Cuzco, Ayacucho, Huánuco y Cajamarca en el Perú Bajo, tierras quechuas benignas y tristes, coro patético de viudas fieles y desoladas, que ocultan entre los Andes sus memorias de pasadas grandezas y dormitan abrigándose al radiante sol serrano, hasta que su raza, sacudiendo el apocamiento y la desconfianza, despierte del letargo, vuelva a creer en sí misma, a vibrar y a restaurar dentro de la historia americana el privativo ideal que va ingénito en su peculiar mestizaje.[17]

Camino al campo de batalla, disfruta de la vegetación, reanimado por haberse reencontrado con la visión de la Colonia. Pero, hombre al fin, de los valles y las huertas de la costa, se estremece presa del terror a su paso por abismos y roquedales. Un paisaje de miseria. *Entramos en el pueblo de Quinua, que es uno de los más decaídos y lastimosos que he visto…, unos cuartos abandonados, sin techo ni puertas, se señalan por la tradición como la casa en que estuvo prisionero el Virrey La Serna y principió a formalizarse la capitulación de*

17 *Op. Cit.:* 109.



*los realistas. La incuria en que se derrumba habitación tan histórica, habla bien alto, con amargura insondable.* En el campo de batalla soporta el asalto de una triste perplejidad. Invoca a reconocer en la Colonia la fuente de valores que nos constituyen, invoca a no considerar a la herencia española como la antítesis y negación del Perú. Recapitula su fervor henchido de las tendencias hispanófilas de su juventud de criollo costeño:

> A medida que he ahondado en la historia y el alma de mi patria, he apreciado la magnitud de mi error. El Perú es obra de los Incas, tanto o mas que de los Conquistadores; y así lo inculcan, de manera tácita, pero irrefragable, sus tradiciones y sus gentes, sus ruinas y su territorio.[18]

Desde el Campo de batalla de Ayacucho hace un llamado a reconocer el buen trato de la Colonia, a reconocer el mérito de España, a olvidar por una vez el sometimiento que impuso a la plebe indígena, quitándole sus derechos en la Colonia. Lamenta el inocultable fracaso del proyecto republicano:

> Nuestra mayor desgracia fue que el núcleo superior –la élite criolla, quiere decir–, jamás se constituyera debidamente.
>
> ¿Quiénes, en efecto, se aprestaban a gobernar la república recién nacida? ¡Pobre aristocracia colonial, pobre boba nobleza limeña, incapaz de toda idea y de todo esfuerzo! En el vacío que su ineptitud dejó,

18 *Op. Cit:* 117.

se levantaron los caudillos militares. Pretorianos auténticos, nunca supieron fijar sostenidamente la mirada y la atención en las fronteras. Héroes de rebeliones y golpes de estado, de pronunciamientos y cuarteladas, el ejército en sus manos fue, no la augusta imagen de la unión patria, la garantía contra los extraños, el eficaz instrumento de prestigio e influencia sobre los países vecinos, sino la palpitante y desgarrada presa de las facciones, la manchada arma fratricida de las discordias internas. La vana apariencia de las palabras y los ademanes quijotescos, no oculta en esos jefes el fondo de vulgares apetitos. Absortos en sus enredos personalistas, ávidos de oro y de mando, sus ofuscadas inteligencias no pudieron reconocer ni sus estragados corazones presentir los fines supremos de la nacionalidad; y cuando por excepción alguno acertó a servirlos, todos los émulos se conjuraron para derribarlo, y lo ofrecieron maniatado al enemigo extranjero. Así se frustraron miserablemente las dos altas empresas nacionales, la de La Mar el 28 y la de Santa Cruz el 36.[19]

Vuelve decepcionado a la realidad de *un país pródigo en escombros*, ávido de ponerle fin a ese viaje de tormento, pero de luces. *Impresiones finales*:

> Ha concluido mi peregrinación por las provincias verdaderamente características de nuestra Sierra. Antes que las vías férreas y el comercio moderno realicen la obra necesaria salvadora de vulgarizarlas y desfigurarlas, he contemplado en su aislamiento y su enternecedora miseria las comarcas que fueron el solar del Perú incaico, la entraña del Perú español, el campo principal y el corazón de la historia patria hasta la mitad de la centuria XIX, y que algún día han de volver a serlo. ¿Qué impresiones dominantes me dejan? La de su importancia pasada, la de su decadencia presente, y la del perpetuo contraste entre sus diversas zonas, no menores que las que hay entre toda la misma Sierra y las otras dos grandes regiones del país.[20]

Prisionero de la visión típica de su siglo, que considera rígidas las características de las *razas humanas*, intenta ajustar lo visto en la realidad a lo dictado por su cultura. Pese a haberse encontrado con solo indios mansos y tristes, embriagándose en las chicherías, a indias ancianas con leña a la espalda desfilando en una *naturaleza que parece de continuo gemir*, toma provecho de los relatos de los hacendados que lo alojan en su viaje y le narran las peripecias de sus haciendas. Cultivar los campos y cosecharlos, solo con mano de obra indígena, trasladar la producción en sus lomos hacia los mercados, abrir cánales de riego y reconstruir tomas de agua que arrastran las crecidas y pagarles con un puñado de coca, algo de aguardiente y unos retazos de tierra para el sustento. La tierra no produce, y allí todos empobrecen, hacendados e indios. A través de esos relatos descubre la importancia del indio para la economía rural, la importancia de la cultura indígena para la conformación de la identidad. Tiene su propia evaluación:

19 Riva Agüero, José de la. 1955: 117.

20 *Op. Cit.*: 171.

> La población rústica es en efecto dondequiera la carne y el músculo de los estados; y en la Sierra del Perú, el campesino es y ha de ser el indio. Los colonos extranjeros, allí de costosísimo arraigo, servirían a lo sumo, en ciertas comarcas privilegiadas, de estímulos y modelos para la restante producción; pero a nadie que esté en su sano juicio se le ocurrirá de seguro desalojar y expulsar al cultivador indio de las elevadísimas altiplanicies y breñosidades, a las que está perfecta y secularmente adaptado, para substituirlo por emigrantes europeos, que no vendrían en bastante número y que desertarían muy pronto ese suelo ingrato. El agricultor quechua no es el cazador piel-roja o pampa; y no hay analogía alguna entre los territorios y los consiguientes destinos de tan contrarias sociedades. La raza indígena, muy al revés de extinguirse, aumenta desde fines del siglo XVIII a pesar de los destrozos del alcoholismo, de las pestes y de la gran propiedad, y excede en mucho a la raza blanca pura; y la acción del mestizaje en la Sierra es casi ilusoria, porque el *cholo* o mestizo serrano tiene a menudo tres cuartos y aún siete octavos de sangre india. En tal situación, la suerte del Perú es inseparable de la del indio: se hunde o se redime con él, pero no le es dado abandonarlo sin suicidarse.[21]

Vuelve a tocar el tema del mestizaje en abril de 1916. Discurso de homenaje al hijo del capitán Garci Lasso de la Vega y la *joven princesa incaica Isabel Chimpu Ocllo, nieta*

[21] *Op. Cit.*: 187.



*del antiguo monarca Túpac Yupanqui.*[22] Reconstruye el doloroso periplo que constituyó la vida del Inca, rastrea su aprendizaje literario, destaca el logro de tramar el espíritu y el sentimiento indígenas, que corrían por sus venas, con el arte universal asimilado con esfuerzo. Concluye con una tácita aceptación de su propio mestizaje:

> Señores;
> La educación literaria no debe ser la primera, pero sí una de las más principales e importantes atenciones de la opinión pública y de esta ilustre Universidad. Las letras están llamadas a ser gala y blasón de nuestra vieja tierra. Cuando los estudios mejoren y logremos levantarlos del deplorable abatimiento en que yacen, estoy cierto de que nuestros jóvenes, compenetrados con la tradición del país e impregnados de ella, sabrán continuar y profundizar las tendencias y direcciones patrias, y afirmarán así el original matiz peruano. Y como las esperanzas, para no ser baldías, han de nacer y sustentarse en los recuerdos, saludemos y veneremos, como feliz augurio, la memoria del gran historiador en cuya personalidad se fundieron amorosamente Incas y Conquistadores, que con soberbio ademán abrió las puertas de nuestra particular literatura y fue el precursor magnífico de nuestra verdadera nacionalidad.[23]

Habiendo iniciado el reconocimiento del indígena como depositario de las energías que generan la riqueza,

[22] Riva Agüero, José de la. *El Inca Garcilaso de la Vega*. 1916: 27
[23] Riva Agüero, José de la, *Op. Cit.*: 79.

valora ahora al mestizaje como al depositario de la peruanidad. Un mestizaje que no solo atañe a las elites; involucra a la plebe, a la clase media de artesanos, pequeños propietarios y comerciantes. Clase media mestiza que con el tiempo constituirá el grueso de la nación.

## Los caballeros del novecientos

La intelectualidad contemporánea de Riva Agüero matiza el panorama de reflexiones sobre el indigenismo y el mestizaje, sin mayor aporte sustantivo al autor del *Elogio del Inca,* quien emprende viaje a España en probable búsqueda de su otra vertiente cultural. Francisco García Calderón plantea en *Le Pérou Contemporain* (1907) un sistema de gobierno adecuado a la realidad peruana que languidece bajo la oligarquía civilista. Para llegar a él, propone continuar caminando por el camino de brasas ardientes que su clase social extendió a los pies del peruano. *Debemos llegar al gobierno democrático, por la oligarquía. Todo lo demás no es sino política oratoria, teñido de fórmulas absolutas e irrealizables.*[24] Con igual énfasis defiende el centralismo limeño. *La descentralización política sería un error en un país centralizado durante siglos, en el que la capital absorbe hombres e iniciativas nacionales. Significaría la multiplicación de todo lo inestable y anárquico que existe en nuestra política centralizada.* En cuanto a la sola idea de democracia, parece dispuesto a extirparla de todo escenario:

> La corriente democrática no puede fecundar un territorio en el que una gran separación étnica se opone a toda idea igualitaria, y en el que no hay población densa y enérgica, deseosa de ascensión social. [...] Cuando la inmigración mezcle nuestras razas y que la "gran cantidad de hombres" nos obligara a tratarlos igualmente, "porque ella nos impide conocerlos individualmente"; cuando el territorio, rico en vías de comunicación, sea recorrido de un extremo al otro por la locomotora, cuyas virtudes republicanas alababa Gambetta; cuando la raza indígena, por una selección material, preconizada hace más de un siglo por Jorge Juan y Antonio Ulloa, sea asimilada a la vida nacional; cuando la educación sea general y la influencia de los hombres de elite conduzca a la formación de un espíritu nacional, podemos hablar de democracia, sin jugar con las palabras.[25]

García Calderón se dirige a un lector europeo, parisino, desea dejar establecido que conoce bien al país y a sus indígenas:

> En la esfera religiosa, el indígena pide un protector laico contra el cura; en el orden social, contra el *cacique*, dueño de la granja (hacienda) y señor feudal de la política y de la vida local. Jorge Juan y Antonio Ulloa, demostraron en su tiempo, la urgencia de esta necesidad para la raza deshonrada. Hay que hacer amar la civilización y la vida a esta nación dominada por un atavismo triste y profundo. Todavía guarda la desconfianza y el temor a sus maestros seculares, de los usurpadores que unieron la violencia

24 García Calderón, F. *El Perú contemporáneo.* 1981: 349.

25 *Op. Cit.*: 353.

> y el sacrilegio. Se vuelve hipócrita, testarudo y servil, y por sorprendente injusticia, se ataca sus defectos, producidos por la duración y carácter del servilismo. Todo nos lleva a afirmar, que en el futuro es necesario otro plan para el resurgimiento moral de este pueblo de niños envejecidos. Por un lado, hay que respetar sus tradiciones, en lo que se refiere a la propiedad y la familia; de otro lado, gobernar a esta raza, mediante una sabia tutela, hacer del indígena un obrero o un soldado, provocar las migraciones locales, de sus penates, de su marco monótono y deprimente; y, en colegios especiales, difundir el castellano, formando una elite indígena que ayudaría al gobierno en su obra civilizadora.[26]

De ese modo, descartada la adultez de esos *niños envejecidos*, descartados sus derechos al sufragio, justificado el despojo de su efectiva ciudadanía y secuestrada su soberanía, queda la elite criolla dueña única del territorio. Cruel proceso que las modificaciones constitucionales de 1896 aplicaron a la población indígena, por analfabeta, y la excluyeron legalmente de la pirámide social constituida por indios, señores y mestizos.

El discurso de García Calderón y sus conclusiones pronto carecerán de auditorio. La inauguración del Canal de Panamá, (1914) desplazó el centro del imperio de Europa a Norteamérica y desplazó para los sudamericanos los auditorios y los patrones culturales.

26 *Op. Cit.*: 357.



El concepto de raza, y sus consecuentes caracterizaciones, son de utilidad a quienes buscan explicar los desequilibrios sociales que se manifiestan en inestabilidades políticas. Establecida la inferioridad de una raza, justificado está el recorte de sus derechos y la fiesta marcha, si no en paz, al menos a ritmo de la justicia humana. Hasta que a fines del siglo XIX vientos frescos comienzan a refrescar la visión de los hombres y nuevas luces llegan a iluminar el panorama. Son factores económicos que determinaban la estratificación social de las naciones, dicen. ¿Nueva interpretación, o solo una renovada, de las leyes que rigen la estratificación social de los pueblos desde que estos se distribuyeron en la redondez de la tierra? Esa estratificación generó las *Constituciones Políticas,* acuerdos de coexistencia de las clases sociales dentro de un territorio. En el escenario local, una vez establecida la inferioridad del indio, no quedó más que tutelar sus derechos y explotar su fuerza en los campos y las minas. Pero la realidad buscará fluir por senderos regidos por leyes naturales, no reconocidos por la legalidad de ciertas coyunturas culturales.

Víctor Andrés Belaúnde ilumina el escenario ideológico del novecientos con su experiencia y reflexiones arequipeñas sobre la raza *aborigen*, los *blancos*, y el *mestizaje*:

> Es igualmente inaceptable y simplista la conclusión de los etnólogos que han dogmatizado tanto sobre la inferioridad radical de la raza aborigen, los defectos y vicios del mestizaje y la degeneración biológica de los blancos. El criterio para apreciar el valor de una raza es el de su aptitud de dominar su medio. Nadie como el indio para el pastoreo de los ganados

andinos. Él es el barretero insustituible de las minas; y ha llegado a ser obrero insuperable en la agricultura de la costa. No puede imaginarse una raza más adecuada a las bases económicas del ambiente en que vive. Los Incas, conociendo los secretos de su actividad gregaria, realizaron con ella prodigios. La Colonia la empleó despiadadamente en la explotación exhaustiva de las riquezas mineras. [...] La República, lo único que ha hecho es esterilizar, por régimen individualista, la potencia del trabajo del indio; y conservar el tributo, en la forma de contribución personal, o en la de impuesto por el alcohol, agrega, a la exacción, el cobarde y lento asesinato. Y el indio que no ha participado de los beneficios de la nacionalidad, ha sabido morir por ella en las horas de prueba.

A la luz de estas ideas, resulta absurdo considerar como un inconveniente en el desarrollo de la civilización la raza que tiene aptitudes únicas para explotar la tierra y que sabe defenderla heroicamente. Hablemos del mestizo y del blanco. Para ser más exactos y sinceros: del mestizo. En sus manos está la dirección de la nacionalidad. Solo incurriendo en exageración vituperable podrá señalarse en él síntomas de efectiva degeneración biológica. La enervación y la anoxemia del clima no llegan a producir efectos tan desastrosos; ni podría atribuirse tampoco la degeneración a la deficiencia alimenticia. El mestizo dirigente, pequeño o grande propietario, alto o modesto burócrata, ha tenido asegurado en la tierra próvida, techo y despensa. Ya López de Velasco observó que tenía habilidad y maña para cualquier cosa; y el éxito de los emigrantes peruanos; buenos oficinistas en Iquique, comerciantes prósperos en La Paz, en Iquique, en Guayaquil o Panamá, revelan que no les falta energía y audacia.[27]



El mestizaje desarrollado en Arequipa, así como el mestizo de Huancayo y de las regiones del norte, comienza a revelar la profecía que para ese estrato cultural adelantara Riva Agüero.

## ¿De qué hablamos cuando hablamos del Indio?

Pequeña e ineludible precisión que incomoda los dominios del sentido común.

Los españoles descienden de las carabelas y bautizan *indios* a los nativos de estas tierras. Reacción natural. Convencidos están de haber arribado a la India. Décadas después, se enteran que tratan con Mayas, Aztecas, Incas y gentes de mil otras naciones, pero continúan denominándolos *indios*, en documentos y en Crónicas. Gracias a ese entusiasmo de navegantes impacientes, el mundo descubierto y conquistado queda compuesto, por los siglos venideros, de españoles e *indios*. Pronto aparecen los mestizos, hijos de los conquistadores en las nativas, como un desafío a la organización colonial. Los primeros ejemplares de esta anomalía *racial* son tolerados, considerados mestizos reales, caso los hijos

[27] Belaúnde, V.A. *Meditaciones peruanas*, 1917: 133-134.

de Francisco Pizarro y Diego de Almagro y los hijos de los hidalgos que verán las luces americanas a través del aura de *los hijos de los conquistadores*. Luego aparecerán los hijos de zapateros, herreros y palafreneros, en indias sin rango ni linaje. Estos no merecen un lugar en el orden social que España comienza a edificar, ningún espacio en la república de españoles, ni en la de indios. Rechazados por la sociedad de sus padres españoles y prohibidos de visitar las comunidades indígenas de sus madres. Juntados un mestizo con otro, comparten dolores, humillaciones y resentimientos. Manejan los dos idiomas, las dos mentalidades, montan a caballo, conocen el uso de la honda indígena y del arcabuz español. La síntesis de dos culturas, realmente, a la que se priva de participación.

La Colonia asienta los pies sobre las huellas que le deja la conquista. Persiste en denominar *indios* a los nativos, los arrancan de sus parajes y de sus actividades de cultivo y pastoreo, los arraciman en pueblos fundados y trazados al estilo español: *las reducciones*. Les asignan tierras en el nuevo entorno, denominan *comunidades* al conjunto urbano rural. Esas *comunidades* constituyen la República de Indios, permitida de manejarse bajo sus propios usos y propias autoridades. Prohibida, eso sí, de persistir en sus creencias religiosas y en la práctica de sus ritos. Desarraigo territorial y extirpación de idolatrías. Serios daños a la constitución de cada nación. A cambio de esos *derechos concedidos* por el orden colonial, los indios están obligados a tributar y suministrar la mano de obra requerida por minas y obrajes, y donde lo exija el colonizador. Por otro lado, la administración colonial considera a la población indígena homogénea



en la geografía territorial, la misma en el norte o en el sur. Indios son indios. No contempla que las punas frías generan usos diferentes a los usos de los valles calientes; que las sierras abruptas establecen particulares costumbres; y las dóciles planicies, otras diferentes. Usos y costumbres que a fuerza de repetirse cristalizan en tradiciones culturales; esencia y causa de la diversidad de naciones. Como producto de esas diversidades, el territorio que los españoles hallan está habitado, no solo por el genérico *indios*, sino por Cañaris, Chimus, Tumpis, Chiras, Nepeñas, Chachapoyas, Huamachucos, Huacrachucos y Conchucos, Limas, Lurines, Malas, Huancas, y una centena de naciones conquistadas y sometidas, muchas de ellas trasplantadas desde los tiempos de la hegemonía Inca. La Conquista pone ese mosaico en manos españolas. Naciones: grupos humanos que comparten territorio, idioma y tradición cultural. La creación de dichas comunidades, bautizadas indígenas, por disposiciones coloniales, fragmenta muchas veces el orden prehispánico de dichas naciones, que continúan existiendo en concordancia con sus actividades económicas, con las exigencias geográficas y climáticas de sus territorios. Existen como naciones, eslabonadas por sus tradiciones culturales. El virrey Toledo, único gobernante que llegó a conocer el territorio que gobernó, lamentará que sus demarcaciones establecidas no fueran las mejores para organizar el territorio.

La aparición de los mestizos matiza de modo especial ese universo de múltiples naciones. Mestizos signados por el sello de la nación de sus madres. Mestizos Huancas, mestizos Chancas y mestizos Qosqorunas. Por excelentes jinetes y por diestros fusileros se ganan el recelo español. Toledo

predice envidia en los ejércitos europeos, si vieran galopar a estos jinetes mestizos del Perú. Desprovistos de existencia legal, prohibidos de poseer un terreno o un retazo de tunal, de poseer un caballo, un arcabuz o una espada, de comerciar una gallina o cuatro arrobas de arvejas. Prohibidos de residir en las comunidades de sus madres, de asistir a una escuela, de aprender un oficio, condenados a una existencia subrepticia, en una y en otra nación, pasando por indio unas veces, y en otras fingiéndose español. Así crece la Colonia, sin conciencia que en su seno nutre a diversas naciones, que un día ocasionarán su colapso y desaparición. Y como acontece en todos los pueblos de la Historia, cada nación genera su elite de propietarios, su clase media de artesanos, curanderos y comerciantes, su plebe de pastores de ganado y operarios de campos y de minas. Este mosaico de naciones, y cada nación con su propio ordenamiento social, traspone los umbrales de la Independencia, atraviesa con altibajos la primera centuria republicana, enfrenta con su penosa desarticulación la Guerra con Chile, encara la voracidad lanera del sur. Entonces comienza a llamar la atención de la elite criolla de la capital, que repara en la existencia de una *problemática indígena*; y convoca la atención del mestizo en cuyas venas palpita la sangre indígena, quien carece de las herramientas culturales que el mestizo sí ha logrado desarrollar. Esa voz española pronunciada por boca mestiza y alimentada por un torrente de cultura indígena, es el *Indigenismo*. José Sabogal, César Vallejo, Martín Chambi y José María Arguedas, batallaron por cargar de nuevos significados a imágenes y palabras, formas puestas a su disposición por la cultura universal.



## Los Indios de la Exposición Brandes

El año 1919 inicia una década de preocupaciones sobre el indígena que pronto sacudirán a la política, las artes y la intelectualidad del conglomerado nacional. La asunción al poder de Augusto B. Leguía inicia el periodo de la proclamada *Patria Nueva* que promete la gran transformación del país. En un marco de movilizaciones indígenas que buscan rescatar las tierras apropiadas por la avidez lanera de los gamonales, Leguía demanda la colaboración de los intelectuales conocedores del problema. José Antonio Encinas colabora con el reconocimiento constitucional de las comunidades indígenas, Hildebrando Castro Pozo se propone canalizar el apoyo del gobierno al *Comité Central Pro-Derecho Indígena Tahuantinsuyo*, organismo creado por migrantes provincianos establecidos en la capital. Los deseos de Leguía por mejorar la situación del indígena colisionan, sin embargo, con los requerimientos de mano de obra de su proyectada Conscripción Vial. A fin de contrarrestar la campaña en pro del *Comité Central Pro-Derecho Indígena Tahuantinsuyo*, termina creando el *Patronato de la Raza Indígena*, organismo que, presidido por el arzobispado de Lima, coordinará con las Juntas Departamentales, que a su vez coordinarán con las Juntas Provinciales, las que coordinarán… etcétera. Conocido es el circuito que conduce al paralizante vacío. Incapaz de tener un control del agrado de sus socios financistas que le demandan paz en el territorio de sus inversiones, Leguía pone fuera de la ley al *Comité Central Pro-Derecho Indígena Tahuantinsuyo*. Espera compensar el atropello con la creación del *Día del Indio* los 24 de junio. En adición, dirige a la

nación un entonado discurso en quechua, idioma que desconoce totalmente. El indigenismo de Leguía culmina con el agrio encuentro sostenido en Palacio de Gobierno con el dirigente indígena Carlos Condorena y los campesinos de la comunidad de Huancho Lima. Acre final al romance, breve y de continuación imposible, sostenido entre Leguía y los indígenas, que algunos llamaban ya *los hijos de Manco.*

Dora Mayer, directora del periódico *El Deber Pro-Indígena,* testigo de los eventos acontecidos entre 1912 y 1917, registra la posición que ocupa el indio en aquella sociedad. Lo testimonia en su lenguaje particular:

> Para los gobernantes, comerciantes, empresarios mineros y agrícolas, ingenieros, etc., el indígena no significa generalmente sino un bracero, una ficha en el juego de ajedrez de los grandes señores de la República. Para los literatos significaba dicha raza una mina inagotable de lirismos ociosos, cuando no se trata de un escaso número de intelectuales amantes de la estirpe auténtica de la patria.
>
> En tiempos de Leguía se puso de moda el indio. Pléyade de intelectuales se ocuparon de la raza nativa obedeciendo una consigna oficial. Eso no era un levantamiento de la raza indígena, sino una pesca criolla. Cada cual quería distinguirse con alguna lindura referente a los indígenas. Se presentó la Sociedad de la Flecha de Oro. Se fomentó el "folklore" incaico en las Pampas de Amancaes con miras a una espléndida ganancia para el alcalde del distrito del Rímac y los teatros limeños. Se trabó relaciones, en el Museo Arqueológico, con emisarios de la industria extranjera, para sacar partido del arte autóctono.
>
> [...]
>
> Leguía, un perfecto criollo, nunca pensó realmente en el bien del indígena, sino en la utilidad que este pudiera prestarle. El fin de la política indigenista, anunciada en el programa presidencial de su última reelección presidencial, no se llegó a ver. Empero se vislumbra que él quería hacer de la raza legendaria un puente que condujera hacia la meta extrema de su ambición insaciable, la meta casi imposible de alcanzar, la corona imperial, en forma de la corona de inca. Un preludio de la soñada coronación se hizo en una grotesca ceremonia de adulación puesta en escena por obsecuentes secuaces al igual de otros simulacros que ingeniosamente se inventaban adivinando y anticipando los deseos presidenciales.[28]



Pese a lo anterior, la aproximación al mundo indígena comienza a permear insospechados espacios culturales reservados hasta entonces a las manifestaciones de elite. Pocos días después que Leguía ingresara atropelladamente a palacio a sentarse en el sillón presidencial, la perturbada atmósfera política limeña se distiende con la muestra pictórica del por entonces desconocido plástico peruano José Sabogal. La exposición *Impresiones del Ccoscco* se inaugura el 15 de julio en la casa Brandes, local frecuentado por la alta sociedad capitalina. El conjunto de treinta y siete cuadros registra el particular mundo provinciano, el ensamble de la presencia indígena y la huella hispánica en escenarios

28 Mayer, D. *El Oncenio de Leguía*, 1932.

andinos, expresado con líneas y colores que los espectadores recuerdan haber visto en la textilería popular. La composición es nueva, pretende constituir la percepción directa de una realidad para ellos desconocida, sin un artista que haga de traductor. La atmósfera popular que rodea a las mujeres de *La dama del qquero* y aquella de *La peineta de carey* no permite afirmar que se trate de damas criollas. Y tampoco son indias. En cambio, el colorido, y diríase bullicioso, *Carnaval de Tilcara* constituye una incursión irreverente en los refinados salones Brandes: indios de poncho y polleras haciendo estallar el lienzo con sus colores, sus rítmicas ojotas, sus requiebros apasionados y sus vientos y percusión desenfrenados. Un atrevimiento a los ojos espectadores, pero una magia artística que impide apartar la mirada. Los cuadros restantes destacan la majestad de la arquitectura cusqueña, hispánica sobre indígena, sugieren inevitables mestizajes a asistentes que están lejos de sospechar que asisten a la manifestación de un sentimiento que, desarrollándose contra toda fácil aceptación, dominará la pintura del resto del siglo. El mestizaje cultural venía tal vez soterrado y desde muchos atrás. Asomaba cauteloso en *Las Pascanas* de Francisco Laso; en *Los Funerales de Atahualpa* de Luis Montero; en los cuadros de evocación histórica de Teófilo Castillo. No surgía del vacío, ni se generaba en la nada. El mundo indígena había sido sujeto de representación, había sufrido atento estudio, pero observado y pintado desde el exterior. Nadie había pretendido expresar el sentimiento indígena desde el interior indígena. No se lo habían propuesto los literatos Narciso Arestegui, ni Clorinda Matto, menos todavía Ventura García Calderón. Retrataban al indio desde sus sensibilidades urbanas, se dirigían a un público urbano como ellos, y las conciencias marchaba en paz. Pero he aquí que llega la paleta de Sabogal y traspone los límites marcados por una tradición que ante esa exposición se sentirá anquilosada. Los cuadros pretenden hablar al espectador desde el interior de esa otra cultura, desde el mundo indígena, se proponen envolver al espectador en sus colores y líneas y hacerlo partícipe de su particular composición. Una pintura indígena, dijo luego alguien, ofrecida a espectadores no indígenas. Era eso y más, pero difícil de interpretar en ese 1919, difícil arriesgar que se trataba de un lenguaje mestizo, producto de la tenaz lucha de un ingrediente indígena fundido en cada muro y en cada cielo, en cada verde y en cada carmesí, con su aclimatado ingrediente occidental. ¿Y a quiénes estaba dirigida esta audaz exposición? Podríamos afirmar, tras un largo silencio, un silencio de años, de décadas quizá, que también estaba dirigida a los indígenas existentes dentro de otros tantos mestizos asistentes a la muestra, pero que, conscientemente, jamás hubieran aceptado tal mestizaje. El éxito de la muestra tal vez exprese que la lograda síntesis había hallado a su espectador. De los treinta y siete cuadros expuestos se vendieron veintisiete. Ignotos sentimientos habían primado sobre la cristalina razón.



Atribuyen los expertos a la exposición de la casa Brandes, que, sin exponer una creación indígena, ni pretender dirigirse a ese público, instaló la escuela indigenista en la plástica peruana. Alguno de sus críticos llega a compararla con la pintura mexicana posterior a su revolución y deducen de la comparación que se trata de un tímido indigenismo. Sabogal rechaza el calificativo. Considera que reduce

los objetivos estéticos que asumiendo la herencia indígena, asumen la hispánica también:

> Mi primera presentación en Lima a mi vuelta del exterior con pinturas pintadas en Cuzco fue la iniciación del movimiento de nuestro *redescubrimiento*, tocándome a mi ser el portaestandarte y *cabeza de turco* para la diatriba. A base de esta exhibición vino más tarde el grupo de pintores motejados de *indigenistas* por la razón de buscar la expresión de nuestro país.[29]

Podría atribuirse al movimiento cultural denominado Modernismo, huracán que desde finales del siglo XIX venía sacudiendo los cimientos de las artes clásicas europeas, el haber acunado la audacia de Sabogal. La música y la literatura, pintura y el teatro, eran demolidos desde sus cimientos con la pretensión de levantar de sus escombros un arte acorde con la sensibilidad moderna. Jean Arthur Rimbaud y Stéphane Mallarmé eran los héroes de la poesía, Paul Cézanne y Pablo Picasso de la pintura, James Joyce y Virginia Woolf de la novela, Arnold Schoenberg e Igor Stravinsky de la música, para no hablar de quienes por su lado sacudían a las ciencias. Los intelectuales hispanoamericanos, que hasta entonces habían tomado a Europa por modelo, se enfrentaron a la disyuntiva de acompañarla en su furiosa destrucción de códigos estéticos, que por estos lares apenas comenzaban a ser asimilados, o tomar el camino conducente a la inmersión en las raíces artísticas de sus pueblos. Para unos artistas se hizo de urgente necesidad expresar los temas de

[29] Sabogal, J. *Autobiografía.* 1957. Cita de F. Villegas en *José Sabogal y el Arte Mestizo El Instituto de Arte Peruano y sus Acuarelas.*



interés nacional, descubrir y expresar el rostro propio. Lo había planteado José Enrique Rodó en su *Ariel*, encargando a las elites asumir la tarea. Atendieron el llamado Rubén Darío, con su modernismo americano, y los novecentistas José de la Riva Agüero, Francisco y Ventura García Calderón, y el intelectual arequipeño Víctor Andrés Belaúnde.

¿Sabogal fue del conjunto? Si bien partió de un aprendizaje del arte europeo, pronto abrió los ojos a una temática nativa que se expresaba de antaño en la alfarería y la textilería prehispánicas. Tuvo maestros que ya exploraban la senda. Fernando Villegas, experto en el tema, señala que el argentino Fernando Fader, con su inspiradora temática de la pampa, paradigma para los plásticos de su tiempo, habría influido en Sabogal.[30] Podrían añadirse las influencias del realista Ernesto de la Cárcova y la del costumbrista Jorge Bermúdez, ambos argentinos. La pintura resultante de esas influencias, y las del Cuzco y su aporte visual, inundó la exclusiva Casa Brandes de nuevos aires y constituyó un paso adelante en las visiones del indígena que las difundidas por Francisco Laso y Luis Montero.

La senda inaugurada por Sabogal se ensancha con otros lienzos memorables, *El recluta* (1926), *La Santusa* (1928), los frisos incaicos *El inca y la ñusta*, *Los arrieros*, *Manco Cápac y Mama Ocllo* (1929). La fundación del Instituto de Arte Peruano en 1931 constituye el cierre de una etapa, pero las búsquedas más audaces continúan con trabajos de xilografía, burilado de mates y decoraciones de *keros.* Este arte pretende trascender las herencias hispánica e indígena y

[30] Villegas, F. *José Sabogal y la escuela peruana mestiza.* 2020.

sintetizar ambos legados. A la tarea se suman Camilo Blas, Julia Codesido, Teresa Carvallo, Enrique Camino Brent y Alicia Bustamante. La expresiva figura del *Garcilaso* bifronte de 1949 marca un hito para el público habituado a percibir la realidad entre los polos indígena e hispano. Sabogal sintetiza su posición en un discurso de 1943, en el homenaje de despedida que le tributa la Escuela de Bellas Artes:

> Pero sí, somos indigenistas en el justo significado de la palabra y más aún, indigenistas culturales, pues buscamos nuestra identidad integral con nuestro suelo, su humanidad y nuestro tiempo. Nuestros antecedentes artísticos modernos se remontan a la época álgida del conflicto estético promovido por las dos culturas de directivas plásticas. Ni el imperio incaico, ni el imperio invasor lograron predominio en Perú. La nueva humanidad surgida de las dos corrientes de sangre produciendo al nuevo hombre con su sentido del medio telúrico se hace presente en plena colonia con manifestaciones artísticas que no encajan ya en los moldes hispanos o indios y sin embargo tienen marcado sabor de ambos.
>
> Estas manifestaciones de arte popular se intensifican, a medida que se robustece el solar moderno peruano, son más determinadas y más resueltas, logrando obras de fuerte expresión con el "torito de Pucará" en alfarería, los "mates burilados" del alto y bajo Mantaro…".[31]

[31] Wiesse, 1957. Cita de Villegas F., *José Sabogal y la escuela peruana mestiza. El Instituto de Arte Peruano (1931-1973)*: 39.



La nueva voz había hallado otro medio por el cual expresarse. Ni hispanista, ni indigenista, sin embargo, ambas a la vez: mestiza.

## La Tempestad

La presencia del indígena en la literatura peruana adquiere un perfil definido con *Tempestad en los Andes (1927)* de Luis E. Valcárcel. La novela brota en un ambiente tensado por el eco de conflictos sociales que desde comienzos del siglo estremecían el campo, y contribuían a las zozobras del Cuzco, que por entonces intentaba superar la incertidumbre suscitada por la pronta llegada del tren y el impacto que ocasionaría en la economía regional.

En un temprano 1897, y en previsión de los cambios económicos en perspectiva, los notables de la ciudad fundan el *Centro Científico del Cuzco*. Había que evaluar el potencial de recursos regionales con los cuales enfrentarían los desafíos que nublaban el horizonte; había que devolver al Cuzco al sitial que alguna vez gozara en el país. El boletín del *Centro,* publicado entre 1898 y 1907, difunde los estudios y planteamientos de profesores universitarios, de hacendados y autoridades. Sus páginas registran los temores y los proyectos de la clase dominante cusqueña. José Luis Rénique, analiza las tensiones del periodo:

> Frente a perspectivas tan poco halagadoras revivió en los cusqueños de esa generación una idea que desde mediados del siglo XIX había agitado la imaginación de exploradores como el franciscano Julián Bovo de Revello, el sueco John Nystrom, el Coro-

nel La Torre y José Benigno Samanez Ocampo: la explotación de las riquezas de la selva y la búsqueda de un camino fluvial que permitiese el comercio directo con Europa. Manuel E. Montesinos propuso en 1898 "abrir cuanto antes las rutas fluviales, como una válvula que dé momentánea pero suficiente respiración", ante la invasión de productos más baratos. En las selvas del Ucayali y del Madre de Dios las cosechas de las haciendas cusqueñas encontrarían "mercados abundantísimos para el consumo ventajoso de sus producciones", en vista de que el auge cauchero provocaría el establecimiento de prósperos poblados en esas alejadas regiones. Fue por eso que los mejores esfuerzos de la intensa labor desplegada por el Centro Científico apuntaron a encontrar las mejores rutas para la colonización de las selvas del Ucayali y del Madre de Dios.[32]

Dichas inquietudes orientaron también las primeras exploraciones sobre el mundo indígena, tema en el que hasta entonces apenas habían reparado. Fortunato Herrera, científico y naturalista integrante de la generación de Luis E. Valcárcel y Uriel García, acucioso lector de cronistas y dolido conocedor de las exclusiones sufridas por los indígenas del Cuzco, expuso sus conclusiones, contundentes, necesarias, casi actuales:

> A los atrevidos golpes de las huestes de Pizarro, derrumbóse el imperio incaico, llevándose consigo al

[32] Rénique J.L. El *Centro Científico del Cusco (1897-1907)* Revista *Histórica,* 1980: 5.



> abismo del olvido lo acumulado en siglos de civilización crepuscular. Con el advenimiento de la República nada, absolutamente nada, ha ganado este pueblo –el indígena. De él no se recuerda más que para someterlo a trabajos forzados; siendo víctima de la constante explotación de los subprefectos de Calca(...) Hasta aquí la libertad de que gozan no es sino un mito y una sangrienta burla a los inviolables derechos del hombre.[33]

Los aires de renovación no tardaron en remecer la antigua capital de los Incas. Provenían de una clase media en formación cuyas exigencias colisionaban con la pasividad de las elites conductoras de la sociedad cuzqueña. Miembros empobrecidos de la elite, plebeyos de fortuna, comerciantes y artesanos, empleados de la creciente burocracia del Estado, todos aspiraban al desarrollo que se mostraba esquivo. El descontento estalló en los claustros universitarios, como una demanda del estudiantado por la remoción de la casta docente conformada por burócratas regionales que mantenían a la universidad en el inmovilismo. Exigían la adecuación de la formación universitaria a las exigencias del nuevo siglo. El gobierno central respondió con la clausura de la universidad. Medida vana. Tuvo que reabrirla bajo la dirección de Alberto Giesecke, quien le imprimió una decidida orientación hacia la comunidad indígena. Por aquel tiempo Hiram Bingham difundía el descubrimiento de Machu Picchu, aparecían revistas enfocadas en temas locales, y la problemática indígena se trasladaba de los pastizales de

[33] *Op. Cit.*: 10.

enfrentamiento con los gamonales, y de las prefecturas y estudios de abogados, a los paraninfos universitarios, a las revistas culturales, finalmente a los programas de gobierno. Augusto B. Leguía, autoproclamado Viracocha y protector de la raza indígena, promulgó leyes en favor de esa raza –considerada diferente e inferior, vale redundar–, creó el *Patronato* y el resto es historia conocida. El reverso de la comedia lo constituyeron las trágicas Leyes, de Conscripción Vial, mita moderna que obligaba a los indígenas a prestar el servicio de carreteras, y de la Vagancia, que permitía a los indios desplazarse por el territorio solo si contaban con una boleta firmada por un hacendado. El tránsito de la actitud de reconocimiento al indígena, como miembro integrante, aunque disminuido y resignado, de la nación, y por tanto merecedor de protección a una actitud de rebeldía, desafío y liberación, tuvo que esperar a la llegada de *Tempestad en los Andes* del moqueguano Luis E. Valcárcel.

*Tempestad en los Andes* surge cuando la arremetida de afirmación hispanista amenguaba en la capital, e inaugura el ingreso del Indigenismo literario propiamente dicho en los predios literarios. Pasado era el tiempo en que se proclamaba a la literatura peruana apéndice de la literatura española, e idos los días en que José Pardo y Ricardo Palma acudían a Madrid por reconocimiento. Valcárcel anuncia desde sus primeras páginas la llegada de la Nueva Conciencia que late en el viejo cuerpo de la raza, que permaneció invariable por sobre las circunstancias. El indio se aisló al descubrir el carácter explotador del blanco. Y esperó silencioso, hierático como una esfinge, experto en fingir para sobrevivir. Excluido del Estado, de la sociedad peruana, fuera del ridículo



republicanismo democrático, despierta ahora por efecto de la voz mágica que lo apostrofa a no tener miedo. Y despiertan cuatro millones de hombres que en adelante no serán más los indios humillados, bajarán de los Andes portando la vida y la cultura. No es el Tahuantinsuyo que se levanta. Es la Nueva Edad que portan los indígenas, las cuatro quintas partes de habitantes del territorio, y no llevan el estigma de ningún mestizaje. Se apropiarán del conocimiento de Occidente y Oriente, se fundirán en una fiesta de ayllus en espera de los Incas que retornarán del Antisuyo cuando enrojezca el sol.

Una serie de viñetas ilustra la vida clásica en una provincia de las serranías, con sus clases sociales y las relaciones que guardan entre ellas. La clase alta está compuesta por hacendados que ejercen su poder de diverso modo. Un hacendado codicia a una bella mujer y envía al marido al ejército para hacerse de ella. El marido de la mujer deserta del ejército, vuelve al rancho, busca al patrón y venga la ofensa. Otro hacendado, postrado por las artes de la brujería, desahuciado por los médicos de la ciudad, ordena venir al curandero y le implora ser salvado. Ante la negativa de curarlo por tratarse de un abusivo con la gente humilde, ordena a sus servidores mestizos que lo azoten para aflojar su voluntad. De ese modo alcanza la curación, solo para ver que la peste y las plagas diezman su ganado y sus campos de cultivo. Otro hacendado deja morir de hambre a un menor en la noche de San Juan mientras los depósitos de la hacienda rebosan de chuños y chalonas que espera vender a precios altos. Su pago será ver la casa hacienda y chuños y chalonas devorados por el fuego encendido por manos mis-

enfrentamiento con los gamonales, y de las prefecturas y estudios de abogados, a los paraninfos universitarios, a las revistas culturales, finalmente a los programas de gobierno. Augusto B. Leguía, autoproclamado Viracocha y protector de la raza indígena, promulgó leyes en favor de esa raza –considerada diferente e inferior, vale redundar–, creó el *Patronato* y el resto es historia conocida. El reverso de la comedia lo constituyeron las trágicas Leyes, de Conscripción Vial, mita moderna que obligaba a los indígenas a prestar el servicio de carreteras, y de la Vagancia, que permitía a los indios desplazarse por el territorio solo si contaban con una boleta firmada por un hacendado. El tránsito de la actitud de reconocimiento al indígena, como miembro integrante, aunque disminuido y resignado, de la nación, y por tanto merecedor de protección a una actitud de rebeldía, desafío y liberación, tuvo que esperar a la llegada de *Tempestad en los Andes* del moqueguano Luis E. Valcárcel.

*Tempestad en los Andes* surge cuando la arremetida de afirmación hispanista amenguaba en la capital, e inaugura el ingreso del Indigenismo literario propiamente dicho en los predios literarios. Pasado era el tiempo en que se proclamaba a la literatura peruana apéndice de la literatura española, e idos los días en que José Pardo y Ricardo Palma acudían a Madrid por reconocimiento. Valcárcel anuncia desde sus primeras páginas la llegada de la Nueva Conciencia que late en el viejo cuerpo de la raza, que permaneció invariable por sobre las circunstancias. El indio se aisló al descubrir el carácter explotador del blanco. Y esperó silencioso, hierático como una esfinge, experto en fingir para sobrevivir. Excluido del Estado, de la sociedad peruana, fuera del ridículo



republicanismo democrático, despierta ahora por efecto de la voz mágica que lo apostrofa a no tener miedo. Y despiertan cuatro millones de hombres que en adelante no serán más los indios humillados, bajarán de los Andes portando la vida y la cultura. No es el Tahuantinsuyo que se levanta. Es la Nueva Edad que portan los indígenas, las cuatro quintas partes de habitantes del territorio, y no llevan el estigma de ningún mestizaje. Se apropiarán del conocimiento de Occidente y Oriente, se fundirán en una fiesta de ayllus en espera de los Incas que retornarán del Antisuyo cuando enrojezca el sol.

Una serie de viñetas ilustra la vida clásica en una provincia de las serranías, con sus clases sociales y las relaciones que guardan entre ellas. La clase alta está compuesta por hacendados que ejercen su poder de diverso modo. Un hacendado codicia a una bella mujer y envía al marido al ejército para hacerse de ella. El marido de la mujer deserta del ejército, vuelve al rancho, busca al patrón y venga la ofensa. Otro hacendado, postrado por las artes de la brujería, desahuciado por los médicos de la ciudad, ordena venir al curandero y le implora ser salvado. Ante la negativa de curarlo por tratarse de un abusivo con la gente humilde, ordena a sus servidores mestizos que lo azoten para aflojar su voluntad. De ese modo alcanza la curación, solo para ver que la peste y las plagas diezman su ganado y sus campos de cultivo. Otro hacendado deja morir de hambre a un menor en la noche de San Juan mientras los depósitos de la hacienda rebosan de chuños y chalonas que espera vender a precios altos. Su pago será ver la casa hacienda y chuños y chalonas devorados por el fuego encendido por manos mis-

teriosas. Otro hacendado será apuñalado con ferocidad por hombres y mujeres cansados de sus abusos, a la vista de su amante india, única testigo. El Ande es el escenario de crueles acciones, donde todo abuso es vengado con ferocidad. Ni hay salvación para el santo patrón Santiago que arde en sus ricas andas hasta quedar reducido a cenizas. La desgracia alcanza a todos, parece ser el axioma, a patrones y humildes abusados, sin provecho para ninguno.

En ese mundo de patrones abusivos y labriegos humillados, los mestizos desempeñan roles miserables. Parásitos de las haciendas, ladrones en las comunidades, cuando no leguleyos al servicio del dinero. Viven instalados en el imaginario popular como la encarnación real del mal. La madre de un hijo indio y de otro hijo mestizo, será inmóvil testigo del enfrentamiento entre ellos hasta el fratricidio final. El soldado llevado a debelar un levantamiento de indios reconoce al final de la masacre que entre los moribundos está su hermano indígena al que acaba de abatir. Y pobre de los indios que vayan a la ciudad en busca de fortuna, volverán víctimas de males incurables. El contacto con la ciudad origina la peste mayor. No hay coexistencia posible con los mestizos, solo con el inca pelirrojo de Paucartambo que puebla la región de mestizos blancos. Tal vez él, el gringo Karl, resucite la raza inca, pero su misteriosa desaparición esfuma la esperanza.

Valcárcel presenta luego una galería de los considerados nuevos indios, de aquellos que logran imponerse a los hacendados abusivos. Los indios de un *ayllu* se levantan unidos contra el agente de pleitos que los ha desposeído de sus propiedades, ocupan esas tierras perdidas por artificios



legales y las recuperan por medio de esos mismos artificios. Otros indios toman conciencia de que sin brazos indígenas los campos carecen de valor, deciden paralizar los trabajos y emprender una sublevación pacífica. Los hay también actos individuales. Un hacendado se enamora de la hija del pastor de cabras, reconoce a los indios como sus iguales, desposa a la india y la convierte en patrona. Un mestizaje sin duda. Otro es aquel del indiecito despierto que llega a la hacienda a prestar su servicio de pongo, despierta la admiración de los patrones por su vivacidad e inteligencia, se gana el afecto de la joven heredera, y termina administrando la hacienda. Mestizaje de signo inverso esta vez. La educación se hace presente, sea con las escuelas indias, o en las conducidas por los misioneros adventistas, donde asoman otros mestizajes, algunos imposibles. El maestro indio, secretario del pastor adventista, hace amistad con la hija, se anima a pedir su mano. Paso fatal. Es enviado a su original Huancané mientras el pastor y familia vuelven a su país.

El tema subyacente del libro es el conflicto cultural, contra el que lucha Valcárcel, tomando partido por la cultura indígena, cuidando se le deslice un atisbo de mestizaje. Celebra que los indios monten a caballo, celebra que hayan indigenizado al caballo que se adecuó a los pastos y clima de altura y celebra que, a semejanza del gaucho, haya adoptado una nueva indumentaria: botas y polainas, poncho corto y bufanda, fuete, tapaojos y boleadora, pellón y alforjas. *El nuevo indio desdeña al blanco y al mestizo*, menciona satisfecho. Considera que continúa siendo indio, pese a adoptar instrumentos y usos culturales hispánicos. Diferencia sustantiva con la visión de su contem-

poráneo Uriel García, quien observa los primeros atisbos del mestizaje.

Valcárcel continúa celebrando a sus nuevos indios, aun cuando usan el arado tirado por bueyes, y cuando desfilan con arrogancia convertidos en soldados del ejército. Son indios liberados de la coca y el alcohol y acuden a las elecciones a votar por autoridades indias, soñando con una democracia india. Sueña con indios artistas en cuyas manos renazca la arquitectura Inca y los tejidos de sus antepasados. Rechaza el uso de la gramática española por considerarla un yugo ominoso. Aboga por una redacción quechua, por una filología andina.

Sus páginas finales, profetizan que los Andes irradiarán otra vez la cultura que requieren estos pueblos, porque desde esas alturas majestuosas se dominan todos los paisajes y nacen todos los ríos. El indio es el único trabajador desde hace diez mil años y en su sangre duermen las virtudes milenarias. El indio levantó Sacsayhuamán y edificó el imperio. Valcárcel llama a un titánico esfuerzo moral, proclama un retorno a la cultura original:

> Cada personalidad, cada grupo, nace dentro de una cultura y solo puede vivir dentro de ella, como el pez en el agua. Esta relación universal entre el ser vivo y la naturaleza que le rodea se resuelve con el problema de la cultura. Vamos por la tierra con nuestro propio mundo a cuestas; conocemos, pensamos, sentimos según el conocer, el pensar y el sentir de la propia cultura. No existe el Hombre abstracto, no ha vivido nunca el ente de razón que ha creado el absolutismo filosófico.



> Somos hijos, es decir, herederos de un ser que la naturaleza y la Cultura han formado. La generación espontánea, la mutación, la vida sin historia repugnan pues, a nuestra mente.[34]

La llegada de los conquistadores y el encuentro de ambos mundos no produjo nada bueno:

> Se han mezclado las culturas.
> Nace del vientre de América un nuevo ser híbrido: no hereda las virtudes ancestrales sino los vicios y las taras. El mestizaje de las culturas no produce sino deformidades.[35]

La cultura original vive en las montañas y sobrevivirá, siempre que no se mezcle con la foránea, al afán destructor del español que lo contamina y lo destruye todo. Orienta su reclamo al remoto gobierno de la capital que desconoce las particularidades de los pueblos que gobierna:

> El divorcio nacional en que vivimos, que acentúa de día en día la incomprensión de la sede del gobierno, impide afrontar la solución de los grandes problemas vitales como el problema de la raza indiana. Los Andes constituyen una muralla infranqueable para el legislador y el gobernante de la Capital. De otro lado, son tan diversas las modalidades de serranos y costeños que estos no podrán darse cuenta nunca de lo que es la vida en las serranías y de lo que significan los ideales de cuantos de ella participamos. Esta dis-

34 Valcárcel L.E. *Tempestad en los Andes*: 105.
35 *Op. Cit.*, 107.

> paridad sociológica viene desde muy atrás. El Cusco y Lima son, por la naturaleza de las cosas, dos focos opuestos de la nacionalidad. El Cusco representa la cultura madre. la heredera de los incas milenarios. Lima es el anhelo de adaptación a la cultura europea. Y es que el Cusco preexistía cuando llegó el conquistador y Lima fue creada por él, ex nihilo.
>
> ¿Cómo desde la capital va a comprenderse el conflicto secular de las dos razas y las dos culturas que no ha perdido su virulencia desde el día que el invasor puso sus plantas en los riscos andinos?[36]

Niega toda posibilidad de redención cultural al mestizaje, confía solo al Cuzco indígena la tarea salvadora, a la intelectualidad de las sierras la necesaria cruzada indigenizante. Estima que un día renacerá el orgullo por la cultura madre, por la raza sublime, que aguarda por siglos la hora de su rehabilitación, entonces desaparecerá el problema indígena. El indio no será redimido por una ley, ni por unos cuantos decretos. La tarea no será la obra de un hombre, ni de una generación.

Esta etapa del pensamiento de Valcárcel se cierra con una advertencia a la costa: *Pero un día bajarán los hombres andinos como huestes tamerlánicas. Los bárbaros –para este Bajo Imperio– están al otro lado de la cordillera. Ellos practicarán la necesaria evulsión.*[37] Pese a lo anterior, a veces pareciera reconsiderar al mestizaje como un resultado natural e inevitable del encuentro, sino de razas, de culturas. Expone

36 Valcárcel L.E. *Tempestad en los Andes*: 109.

37 Valcárcel, L.E. *Op. Cit.*: 114.



estos atisbos de revisión en su conferencia de Arequipa, enero 1927:

> El mestizo arequipeño es un tipo racial de excelencia. En esta región del país dio la sangre mezclada de conquistadores e indios el fruto escogido, aquí; en este espacio privilegiado que la montaña disputa al desierto.
>
> El hombre de la Pampa posee cualidades primarias: une a su fortaleza física grande sanidad espiritual. Sobrio y resistente como el inca, enérgico y trotamundos como el aventurero español, su inquietud le lleva a todas las latitudes; se adapta a los medios hostiles y, por su disciplina en el trabajo, por su ánimo optimista, por su firme resolución triunfa y domina, en las rudas labores manuales, en el comercio y la industria. La estrecha campiña le enseñó a ser pragmático. Le grabó también indeleblemente su incaismo. En el humilde rancho –igual en todo a la *chujlla* cordillerina– el mestizo arequipeño, después del yantar tradicional –el *uchu* y el *ajka* de los viejos peruanos– expresan en su música la saudade inefable, la dulce ansia nostálgica por los vallecitos serraniegos, de los que salieron sus antepasados, los primeros pobladores tan remotos.[38]

Animado por la visión de las cualidades del mestizo arequipeño, echa una mirada a los Andes del Cuzco y Puno, celebra el vivo espíritu, producto de la educación, que reco-

38 Valcárcel L.E. *Op. Cit.*: 119.

rre los ayllus y convierte a los *huidizos pastorzuelos en puntuales alumnos* que, venciendo largas distancias, trepando cerros y venciendo ríos acuden a educarse en las escuelas, en su deseo de liberarse de la ignorancia que los mantiene en la inferioridad.

> La avalancha ha comenzado –dice. Rebasan las casas escuelas de discípulos y el preceptor se malhumora acostumbrado como estaba a llenar el expediente con media docena de mesticillos, sus alumnos.
> Los latifundios se arruinan. Atraviesa por grave crisis el feudalismo cusqueño. A la gesta trágica de las mutuas violencias, masacres y vendettas horribles ha seguido una sorda y tenaz lucha. El indio no ataca. Se cruza de brazos.[39]

El profeta canta la resistencia pasiva, venganza que causa la muerte de las haciendas por inanición. Esa conciencia es el arma más poderosa que tiene el indio y que está despertando, pero estima que aún son pocos los combatientes. Apuesta a que se sumen los indios que son diez veces más en cantidad y que generen una dirigencia política:

> ¿Qué programa tiene formulado la vanguardia nativa del movimiento pan-indianista? ¿Alguien lo sabe?
> –Nosotros –que sin ser indios predicamos un quinto evangelio incaista– tampoco lo sabemos.
> Algo se puede intuir.
> [...]

39 *Op. Cit.*: 122.



> Quien sabe de qué grupo de labriegos silenciosos, de torvos pastores, surgirá el Espartaco andino. Quién sabe si ya vive, perdido aún en el páramo puneño, en los roquedales del Cusco.
> La dictadura del proletariado indígena busca su Lenin.[40]

## Mariátegui

La estremecedora proclama de Valcárcel, a la vez que profecía, no podía dejar de llamar la atención de José Carlos Mariátegui y merecer su auspicioso prólogo:

> Luis E. Valcárcel nos ofrece en este libro una visión animada del presente autóctono. Este libro anuncia "el advenimiento de un mundo", la aparición del nuevo indio. No puede ser, por consiguiente, una crítica objetiva, un análisis neutral; tiene que ser una apasionada afirmación, una exaltada protesta.
> Valcárcel percibe claramente el renacimiento indígena porque cree en él. Un movimiento histórico en gestación no puede ser entendido, en toda su trascendencia, sino por los que luchan por que se cumpla. (El movimiento socialista, por ejemplo, solo es comprendido cabalmente por sus militantes. No ocurre lo mismo con los movimientos ya realizados. El fenómeno capitalista no ha sido entendido y explicado por nadie tan amplia y exactamente como por los socialistas).

40 Valcárcel L.E. *Tempestad en los Andes*: 125.

Para Mariátegui y sus contemporáneos, los cambios sociales producidos en Rusia y México constituyen la aurora de nuevos tiempos. Saluda a esta obra que *tiene algo de evangelio y algo de apocalipsis* porque *anuncia el advenimiento de un mundo.* Es la visión de un creyente, la apasionada profecía que anuncia un Perú nuevo, que contribuirá al despertar de la conciencia indígena, a revelarse a sí misma, y propiciará la resurrección, no del imperio incaico, sino de los hombres de ese imperio. Considera, también Mariátegui, que la convivencia de españoles y nativos produjo un mestizaje degenerado. Por el contrario, ve por ejemplo en Ezequiel Urviola el anuncio del nuevo indio, la chispa del necesario incendio purificador profetizado por Valcárcel. Llama a la urgente eliminación del gamonal, a la desaparición de la feudalidad del escenario nacional. Solo el socialismo extirpará esos males. *Bajo el gamonalismo no se puede hablar de redención del indio.* El indio está imbuido del espíritu socialista que recorre el mundo y Valcárcel *resuelve políticamente su indigenismo en socialismo.* Condena inapelablemente al mestizaje, que no significa una apuesta por el cultivo de los valores nativos. Apreciaciones más objetivas, menos literarias, habían sido expuestas en la revista *Mundial,* setiembre de 1925:

> Valcárcel va demasiado lejos, como casi siempre que se deja rienda suelta a la imaginación. Ni la civilización occidental está tan agotada y putrefacta como Valcárcel supone. Ni una vez adquirida su experiencia, su técnica y sus ideas, el Perú puede renunciar místicamente a tan válidos y preciosos instrumentos para volver, con áspera intransigencia, a sus antiguos mitos agrarios. La Conquista, mala y todo, ha sido un hecho histórico. La República, tal como existe, es otro hecho histórico. Contra los hechos históricos, poco o nada pueden las especulaciones abstractas de la inteligencia ni las concepciones puras del espíritu. La historia del Perú no es sino una parcela de la historia humana. *En cuatro siglos se ha formado una realidad nueva.* La han creado los aluviones de Occidente. Es una realidad débil. Pero es, de todos modos, una realidad. Sería excesivamente romántico decidirse hoy a ignorarla.[41]



¿Y quiénes conforman esa *realidad nueva*? ¿Sobre quiénes recaen los *aluviones de Occidente*? Entendemos que, sobre el indio original, cuya cultura se pretende que permanezca inalterable pese a recibir los aluviones culturales de Occidente. Por esos tiempos, el pensador luchaba por superar ciertos dilemas generados por un panorama escaso de industrias, por tanto, de proletariado y que solo le ofrecía un vasto campesinado indígena. De modo que orienta su atención al sector indígena de la sociedad, valorado tempranamente en 1924, pero a la vez que abre puertas a otras influencias culturales:

> Esa peruanidad (exenta de influencias), profusamente insinuada, es un mito, es una ficción. La realidad nacional está menos desconectada, es menos independiente de Europa, de lo que suponen nuestros nacionalistas. El Perú contemporáneo se mueve

41 Mariátegui, J.C. *Mundial,* setiembre de 1925. Citado por Aquézolo C, M., en *La polémica del indigenismo,* 1979: 135.

dentro de la órbita de la civilización occidental. La mistificada realidad nacional no es sino un segmento, una parcela de la vasta realidad mundial. Todo lo que el Perú contemporáneo estima lo ha recibido de esa civilización que no sé si los nacionalistas a ultranza calificarán también de exótica. ¿Existe hoy una ciencia, una filosofía, una democracia, un arte, existen máquinas, instituciones, leyes, genuina y característicamente peruanos? ¿El idioma que hablamos y que escribimos, el idioma siquiera, es acaso un producto de la gente peruana?

El Perú es todavía *una nacionalidad en formación.* Lo están construyendo sobre los *inertes estratos indígenas*, los aluviones de la civilización occidental. La conquista española aniquiló la cultura incaica. Destruyó el Perú autóctono. Frustró la única peruanidad que ha existido. Los españoles extirparon del suelo y de la raza todos los elementos vivos de la cultura indígena. Reemplazaron la religión incásica con la religión católica romana. De la cultura incásica no dejaron sino vestigios muertos. *Los descendientes de los conquistadores y colonizadores constituyeron el cimiento del Perú actual.* La independencia fue realizada por esta población criolla. La idea de la libertad no brotó espontáneamente de nuestro suelo; su germen nos vino de fuera. [...] Un artificio histórico clasifica a Túpac Amaru como un precursor de la independencia peruana. La revolución de Túpac Amaru la hicieron los indígenas; la revolución de la independencia la hicieron los criollos. Entre ambos



> acontecimientos no hubo consanguinidad espiritual ni ideológica.
>
> Tenemos el deber de no ignorar la realidad nacional; pero tenemos también el deber de no ignorar la realidad mundial. El Perú es un fragmento de un mundo que sigue una trayectoria solidaria. Los pueblos con más aptitud para el progreso son siempre aquellos con más aptitud para aceptar las consecuencias de su civilización y de su época. ¿Qué se pensaría de un hombre que rechazase, en el nombre de la peruanidad, el aeroplano, el radium, el linotipo, considerándolos exóticos? Lo mismo se debe pensar del hombre que asume esa actitud ante las nuevas ideas y los nuevos hechos humanos.[42]

Conceptos edificados sobre un insuficiente conocimiento de la realidad indígena, llevan al pensador a construir los esquemas que evidencian su debilidad en la Tercera Internacional celebrada en Buenos Aires en junio de 1929. Invitados al evento, Mariátegui, Ricardo Martínez de la Torre, escritor y periodista, Hugo Pesce, médico graduado en Génova, y Julio Portocarrero, obrero textil de tradición anarco sindicalista, preparan las tesis *El problema de las razas en América Latina* y *Punto de vista Antiimperialista.* Pesce y Portocarrero viajan a exponerlas.

El primer documento revisa la historia peruana desde la llegada de los españoles, analiza el rol desempeñado por las clases sociales en cada una de sus etapas de la historia. Mar-

---

42 Mariátegui, J.C. *Mundial,* setiembre de 1925. Citado por Aquézolo C, M., en *La polémica del indigenismo,* 1979: 135.

xista del siglo XIX, considera a la sociedad constituida por dos clases sociales; burgueses y proletarios, en las sociedades industriales; elites y plebe, en las sociedades agrarias.[43] La argumentación se orienta a desarrollar la problemática de la plebe indígena sojuzgada por la elite gamonal:

> Las razas indígenas se encuentran en la América Latina en un estado clamoroso de atraso y de ignorancia, por la servidumbre que pesa sobre ellas, desde la conquista española. El interés de la clase explotadora, española primero, criolla después, ha tendido invariablemente, bajo diversos disfraces, a explicar la condición de las razas indígenas con el argumento de su inferioridad o primitivismo. Con esto, esa clase no ha hecho otra cosa que reproducir, en esta cuestión nacional interna, las razones de la raza blanca en la cuestión del tratamiento y tutela de los pueblos coloniales.
> [...]
> Llamamos problema indígena a la explotación feudal de los nativos en la gran propiedad agraria. El indio,

[43] Engels, F. *Principios de Comunismo*. 1ra Pregunta: ¿Qué es el comunismo? Respuesta: El comunismo es la doctrina de las condiciones de la liberación del proletariado. 2da P: ¿Qué es el proletariado? R: El proletariado es la clase de la sociedad que gana su subsistencia exclusivamente con la venta de su trabajo. 3raP: ¿No ha habido, pues, proletarios en todos los tiempos? R: No. Siempre ha habido pobres y clases trabajadoras. Pero pobres, obreros que vivan en las condiciones que acabamos de indicar, es decir, proletarios, no ha habido siempre. 4ta P: ¿Cómo apareció el proletariado? R: El proletariado apareció a causa de la revolución industrial que se produjo en Inglaterra durante la segunda mitad del siglo XVIII.



> en el 90 por ciento de los casos, no es un proletario sino un siervo. El capitalismo, como sistema económico y político, se manifiesta incapaz, en la América Latina, de edificación de una economía emancipada de las taras feudales. El prejuicio de la inferioridad de la raza indígena, le consiente una explotación máxima de los trabajos de esta raza; y no está dispuesto a renunciar a esta ventaja, de la que tantos provechos obtiene. En la agricultura, el establecimiento del salariado, la adopción de la máquina, no borran el carácter feudal de la gran propiedad. Perfeccionan, simplemente, el sistema de explotación de la tierra y de las masas campesinas. Buena parte de nuestros burgueses y "gamonales" sostiene calurosamente la tesis de la inferioridad del indio: el problema indígena es, a su juicio, un problema étnico cuya solución depende del cruzamiento de la raza indígena con razas superiores extranjeras. La subsistencia de una economía de bases feudales se presenta, empero, en inconciliable oposición con un movimiento inmigratorio suficiente para producir esa transformación por el cruzamiento. Los salarios que se pagan en las haciendas de la costa y de la sierra (cuando en estas últimas se adopta el salario) descartan la posibilidad de emplear inmigrantes europeos en la agricultura. Los inmigrantes campesinos no se avendrían jamás a trabajar en las condiciones de los indios; solo se les podría atraer haciéndolos pequeños propietarios. El indio no ha podido ser nunca reemplazado en las faenas agrícolas de las haciendas costeñas sino con

> el esclavo negro o el "cooli" chino. Los planes de colonización con inmigrantes europeos tienen, por ahora, como campo exclusivo, la región boscosa del Oriente, conocida con el nombre de Montaña. La tesis de que el problema indígena es un problema étnico no merece siquiera ser discutida; pero conviene anotar hasta qué punto la solución que propone está en desacuerdo con los intereses y las posibilidades de la burguesía y del gamonalismo, en cuyo seno encuentra sus adherentes.[44]

Insensiblemente la argumentación se desliza a terrenos donde actúan las naciones Quechua y Aimara en el territorio, tres con la Criolla dominante, pero la disertación no se detiene en esos conceptos que ya atrajeron la atención de Victorio Codovilla, coordinador y capitoste del evento, conocedor de los esfuerzos de la Rusia soviética por gobernar a las cien naciones heredadas del zarismo.

Los peruanos continúan brindando la información elaborada en Lima:

> En todos los países de este grupo, el factor raza se complica con el factor clase, en forma que una política revolucionaria no puede dejar de tener en cuenta. El indio Quechua y Aimara, ve su opresor en el "misti", en el blanco. Y en el mestizo, únicamente la conciencia de clase es capaz de destruir el hábito del desprecio, de la repugnancia por el indio. No es raro encontrar entre los propios elementos de la ciudad que se proclaman revolucionarios, el prejuicio de la

44 Mariátegui, J.C. *El problema de las razas en América Latina*, 1929.



> inferioridad del indio y la resistencia a reconocer este prejuicio como una simple herencia o contagio mental del ambiente.[45]

Conocemos las instancias de esta presentación gracias a Alberto Flores Galindo.[46] Hugo Pesce y Julio Portocarrero asistieron en su condición de representantes del recién fundado Partido Socialista, octubre de 1928. El propósito de la vista era también mejorar las relaciones con los convocantes, no muy armónicas a raíz de discrepancias surgidas en Moscú donde participaran invitados Armando Bazán y Julio Portocarrero. Ahora en Buenos Aires, el hielo rondó la tienda peruana desde el día de la inauguración. La discrepancia inicial surgió al ponerse en debate la cuestión de Tacna y Arica, provincias arrancadas al Perú con la guerra y cuya recuperación pendía de un plebiscito. Chile argumentaba incumplimiento de ciertas cláusulas por parte del Perú y posponía la consulta. Jorge Basadre y Raúl Porras consideraban al tema una cuestión de importancia nacional y abogaban por una urgente solución. Las reservas de Mariátegui respecto al tema suscitaron las críticas de Codovilla por no haber planteado los peruanos la alternativa de un plebiscito bajo control proletario. La postura demandaba una participación popular, tarea inconcebible en un país cuya elite criolla, hegemónica sobre las otras naciones, había conducido la guerra; la había perdido y firmado la rendición. Ahora estaba involucrada en el pos-

45 Mariátegui, J.C. *Op. Cit.*

46 Flores Galindo, A. *La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern*, 1980.

puesto plebiscito. Ausente del escenario el proletariado demandado por Codovilla, la plebe peruana, campesinado reducido a pastar y trasquilar las alpacas, se mantenía ajena a esa guerra internacional y sus consecuencias. De algún modo, esa fue la respuesta de Pesce. Codovilla insistió en el derecho de autodeterminación de Tacna y Arica, el que debía efectivizarse con un plebiscito bajo control obrero y campesino. Difícil ha de haber sido para los delegados peruanos comprender el reclamo de Codovilla. Provenientes de una realidad peruana donde el concepto *derecho de autodeterminación de las naciones de un país* no era materia de análisis ni discusión.

Aparte de otros malentendidos acaecidos en el encuentro, la discrepancia mayor se suscitaría a la hora de tocar temas concernientes al proletariado peruano, inexistente, y el rol de los campesinos indígenas. Estos mantenían su cultura y su lengua bajo las sucesivas dominaciones de la Conquista, la Colonia y la República. Mariátegui planteaba la necesidad de cultivar la conciencia revolucionaria indígena, proceso que demoraría dada la inexistencia de una nación consolidada. Para Codovilla el panorama era muy claro: en el Perú, como en muchas naciones de Sudamérica, existía una nacionalidad Criolla que ejercía dominio sobre naciones Quechuas y Aimaras subordinadas. Estaban ante el caso de un Perú donde la nación Criolla ejercía un colonialismo interno sobre las naciones débiles. Similar colonialismo al ejercido por la Rusia zarista sobre las naciones Eslavas, Georgianas, y las del Báltico. El primer paso consistía en reconocer a esas naciones, respetar sus autonomías, impulsar luego el marxismo en sus proletariados.



Suponemos a Pesce y Portocarrero sorprendidos por semejante diagnóstico. ¿Vivía el Perú una situación de colonialismo interno? Mariátegui tampoco ha de haberse sentido muy cómodo ante interpretación tan drástica de la realidad que escapaba a la analizada en sus *Siete ensayos*. El balance de la visita a Buenos Aires, calificó las observaciones de apriorísticas, europeístas, difícilmente aplicables al Perú y se desechó el análisis y la revisión de conceptos. Codovilla ignoraba la realidad peruana, se concluyó entonces, y opinaba según su conocimiento de realidades foráneas. Ignoraron tal vez que estaban frente a una ley universal, como aquella de Newton sobre la gravedad y la fuerza de atracción de los cuerpos, o las de Kepler que explican el orden de los planetas en el universo. Generadas varias naciones en un país, la más fuerte impone en su provecho una relación colonialista sobre las demás. Verdad desenterrada por Codovilla, que los hombres de ese tiempo se empeñaron en volverla a enterrar, con la misma lampa que usara Codovilla para exhumarla.

La Rusia zarista había estado constituida por un ciento de naciones de diverso idioma y diversa tradición cultural, solo mantenidas en unión merced al yugo del imperio cuando advino la revolución. Judíos, Polacos, Tártaros, Panislamistas, Armenios, Georgianos, Ucranianos, y un largo etc., auténticas fuerzas centrífugas en cualquier proyecto multinacional. La Rusia estalinista batallaba por lograr la coexistencia de esas naciones y desarrollar el marxismo en ellas respetando su derecho a la autodeterminación. El problema había sido analizado por Stalin en un temprano 1912 ganándole la admiración de Lenin, quien bautizó al autor *el maravilloso georgiano* y autorizó

la publicación del estudio.[47] A la fecha de la Tercera Internacional, Stalin llevaba a la práctica su teoría, intentando respetar las autonomías de las naciones de gran tamaño, intentando confederar dentro de ciertos marcos geográficos a las pequeñas naciones, incentivando, a la vez, los proyectos revolucionarios de sus proletariados. El proceso regó de Gulags el país y a la postre ocasionó la explosión de la Rusia de los Soviets.

De modo que Victorio Codovilla no planteaba soluciones apriorísticas al caso peruano. Interpretó que la nación Criolla mantenía sometidas a las naciones Quechua y Aimara, mencionadas en el documento presentado en Buenos Aires. Y había más, sin todavía considerar a las Amazónicas. El primer paso consecuente con la interpretación consistía en independizarlas, alentar su desarrollo autónomo, sea en independencia o en regiones confederadas. Ignoramos si llegó a planteárselo a Pesce y Portocarrero, y en qué términos lo habría hecho. Paso delicado para Mariátegui, por poderosas y dolorosas razones. Su inhibición no hizo más que revelar un entronque criollo que lo frenó de propiciar el reconocimiento de las naciones Andinas y alentar su liberación del yugo antes colonial y ahora republicano. Fue así que, a la temprana desaparición del Amauta, y de su maravillosa revista, las naciones andinas continuaron subordinadas a la nación Criolla. Bajo esa subordinación se entiende el carácter de los sucesivos gobernantes desde el día de la Independencia, y su resistencia a discutir las posibilidades de un sistema de gobierno federalista, y cobran sentido los

47 Stalin I. *El marxismo y la cuestión nacional.* 1912.



movimientos que, en la década de los ochenta, en nombre de un proyecto marxista, y se dijo que, siguiendo la senda del Amauta, ensangrentaron a Quechuas, Chancas, Pokras, Huancas y un largo etcétera de naciones.

¿Y no abogaba *Tempestad en los Andes* por la independización de las naciones Quechuas y Aimaras de la hegemonía criolla? Clamaba en sus propios códigos por un retorno al ya mítico Tahuantinsuyo. Aunque utópica, única realidad respirable conocida. Mariátegui no apreció los clamores del trabajo de Valcárcel desde esa perspectiva, menos la apreciaría el criollo Luis Alberto Sánchez quien escribió el colofón apadrinándolo con el epígrafe de Ricardo Rojas: *Ni lo indio, ni lo gaucho ni lo español separadamente contienen todo el espíritu nacional.* Sánchez ve en el Perú una nación homogénea –visión utópica Criolla–, en la que sus habitantes merecen el mismo estatus –utopía encima de utopía. La nación Criolla ejerce una hegemonía económica sobre las naciones dominadas, es la realidad; y los intelectuales criollos, la suya propia sobre los intelectuales de las dominadas. Sánchez comienza ubicando a sus lectores ante la obra que le ha confiado su colofón:

> A fuerza de escuchar a las piedras milenarias, Valcárcel ha captado su mensaje. Pero, vehemente profesor de idealismo, alterna, ahora, la proclama encendida con la interpretación ardiente, y, fuego sobre fuego, ha caído su antigua máscara arqueológica para mostrar la faz del predicador iluminado. Predicador laico, rebelde, cuyo sermón se dirige, en regiones abruptas, a estoicos caracteres amasados por el dolor y connaturalizados con el infortunio, ya que hasta

> la imaginación pedestre de turistas y poetastros ha querido simbolizarlo en cromos convencionales.

Califica a Valcárcel de poeta extraviado en los vericuetos de la historia, de reivindicador de un patrimonio existente solo en su imaginario. Procede a exponer sus diferencias:

> No coincide exactamente, mi posición ideológica ante la cuestión nacional, con algunos aspectos del pensamiento de Valcárcel. Pero ambos, él y yo, estoy seguro, convenimos en el punto de partida: el deseo fervoroso de "peruanizar el Perú", a toda costa, y la urgencia de reformar muchos aspectos de nuestra estructura social. Valcárcel proclama, a pulmón lleno, su indigenismo. Yo proclamo, con igual franqueza, mi TOTALISMO. Para mí, es perjudicial y absurdo, jugar a los gallos regionales. Valcárcel en cambio, se deja llevar, a veces, por la invencible seducción de la proclama, del periodismo, de la política. (Acordarse de Shaw cuando hablamos de periodismo). Y *Tempestad en los Andes,* en su primera parte especialmente, es una encendida proclama de reivindicación indígena.[48]

Demostrando, el por entonces joven Sánchez, desconocer las particularidades del territorio peruano, origen de las diversas naciones y culturas, rechaza todo afán regionalista y rechaza, más aún, la sentencia de González Prada: *no forman el Perú, las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de la tierra situada entre el Pacífico y los Andes,*

48 Sánchez L. A. *Tempestad en los Andes*, Colofón: 175



sino que *la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminados en la banda oriental de la cordillera.* Celebra la actitud, la belleza estilística y la elocuencia de González Prada, pero acto seguido califica sus esencias de arcaicas. Un hombre que no ha conocido la sierra –acota–, no está capacitado para hablar de una *verdadera nación. Pero, hoy, que las cosas han cambiado tanto, es preciso revaluar esa y muchas otras frases de Prada, ante cuya memoria me prosterno y cuya magnífica rebeldía será perenne blasón de nuestro pueblo.* Esgrime en alto su hallazgo:

> El totalismo debe dirigir nuestros pasos y nuestras prédicas. Si uno de los grandes males ha sido el "centralismo absorbente" el peor antídoto es el regionalismo disolvente. Ni la costa tiene la culpa de las diferencias sociales, ni en Lima todo es como lo pintan los sermones sectarios. Precisamente, un grupo de muchachos rebeldes –el de "Titikaka", sobre la firma de Gamaliel Churata– dice que existen dos Limas: la que trabaja, se renueva y siente; la que absorbe, se estanca y desdeña. Aquella marcha al unísono con todos los espíritus libres del mundo, del cual no estás excluidas las provincias serranas del Perú; esta no desea ver perturbadas sus conquistas. Pero, en una y en otra, hay, por igual, provincianos y limeños. La mayor inquietud novadora ha nacido en Lima, desde González Prada, y, antes, desde el tacneño Vigil. No ha sido preciso averiguar la procedencia de nadie. Porque el sentimiento, el esfuerzo, la lucha, la cultura y el esfuerzo no tienen lugar de nacimiento ni caben dentro del estrecho espacio del campanario nativo.

> Me parece que una de las razones de tales confusiones y desconfianzas, radica en cierta incomprensión de vocablos y de conceptos. Claro que es solo una pequeñísima y nimia razón, pero razón al cabo. No estamos, aún, de acuerdo sobre el significado de "indio" y "criollo". Desde el punto de vista cultural y étnico, existen "indios" absolutamente mestizos y "criollos" completamente indígenas. De donde he venido a sospechar que lo característico del indio, no es el nacimiento ni la cultura, sino el ambiente y la situación económica. Y he venido también a constatar que, en el Perú, se acostumbra, equivocadamente, llamar criollo, al pinturero zambito jaranista confundiendo la nacionalidad con los "picantes" y la costa con el "tondero". Y eso es falso. Criollo es el fruto genuino de la tierra, del mestizaje, del proceso de la civilización dentro de un territorio; criollo es el castizo, no el autóctono; criollos son el cholo y el zambo; y yo que me siento cholo, y lo soy, como lo es Valcárcel, no columbro la distancia entre el sentir de la sierra y de la costa, por el hecho de ser costeños o serranos; ni creo en la rivalidad entre limeño y provinciano, salvo ciertas divergencias individuales o ficticias que la propaganda y el interés han contribuido a sostener.[49]

Incomprensión de vocablos y conceptos, del que sale reconociéndose cholo, *como lo es Valcárcel*. Rehúye reconocerse miembro de la nación Criolla, que ejerce su hegemonía sobre las naciones regionales; y reconocer en Valcárcel al mestizo cusqueño, en pugna por dar voz a la sojuzgada nación cuzqueña.

[49] *Op. Cit.*: 180



No cerrará el Colofón sin sentar su posición con respecto a la prédica central de Valcárcel:

> Para esa reforma, que Valcárcel presagia sangrienta, acordándose de Marx, no habrá necesidad de fomentar odio, sino mucha comprensión y toda cooperación. "No te consuma el odio; el amor es demiurgo", exclama Valcárcel, reaccionando contra la ola trágica augurada. Y así debiera ser el tono integro de este mensaje ferviente que nos llega desde Cuzco. "El amor es demiurgo", en verdad, y, por ello, la prédica debiera encaminarse por los senderos del totalismo. Y combatir, no al costeño por costeño, ni al limeño por limeño, sino al injusto por injusto, al abusivo por abusivo, sin averiguar origen, sin examinar libro de genealogía, sin pedir certificado de residencia.

Argumento caro a la nación Criolla: desconocer las diferencias regionales, invocar la unidad de todas, con ella en la hegemonía. Pongamos a su alcance la lampa de Codovilla, que gustoso Sánchez concluirá el entierro.

## El Indio Escalante

La percepción que tienen los individuos de quién es mestizo, y quién indígena, constituye otro tema que anima la denominada polémica del indigenismo. Lo evidencia el

artículo *Nosotros, los indios* de José Ángel Escalante, diputado por Acomayo y propietario del diario *El Comercio* del Cuzco. Escalante ingresa a la polémica batiendo tambores desde el párrafo inicial:

> Nosotros, los indios, estamos sorprendidos del interés que demuestran los señores de la costa, los blancos y los mistes que hasta ayer nos menospreciaban, por nuestra regeneración y nuestro porvenir. Y si no tuviéramos ahora conciencia de nuestra fuerza y convencimiento profundo de que han cambiado los tiempos y ha sonado nuestra hora, temeríamos fundadamente que, tras ese interés sospechoso e inesperado, se oculta una nueva acechanza.
>
> Está de moda el "indianismo". A tanto llega nuestra desgracia, que somos causa y objeto de un "*ismo*" más.
>
> Literatos y periodistas hacen del tema indígena plataforma novedosa para atribuirse nobles apostolados y adoptar solemnes actitudes de redentores clarividentes.
>
> Mientras nosotros atisbamos, en la serranía nativa, sonriendo beatíficamente, la oportunidad de rehabilitarnos ante la Historia y asumir la responsabilidad de nuestros destinos, está de moda hablar del indio y compadecerlo, con insultante piedad, sin tomarse el trabajo de conocernos, ni menos estudiarnos en nuestro propio medio y a través de nuestras avanzadas del porvenir.
>
> Es una literatura especial y pintoresca esta literatura indigenista del escritor costeño. Es una literatura de frases hechas y lugares comunes que solo tienen cotización en el mercado de Lima, porque en la Sierra apenas provoca sonrisas despectivas o comentarios humorísticos.[50]



¿Ironía? ¿Sarcasmo? ¿El diputado Escalante, un indio? El artículo podía tomarse por la humorada de un provinciano acomodado deseoso de divertir a sus coterráneos. Escalante paladea las frases consideradas de clisé: *la esclavitud de la raza, la secular servidumbre de los descendientes de Manco, la explotación despiadada de los gamonales, la crueldad del sanguinario latifundista, el martirio inenarrable del aborigen.* Y hasta oímos el eco de sus carcajadas, cuando de pronto se frena, recupera la compostura y da paso al grave expositor parlamentario que también es:

> Del conquistador europeo, ávido de riquezas, que nos esclavizó y explotó durante el coloniaje, y del mestizo que usufructuó en nuestro daño, hasta hace poco, los trastornos de la república, tenemos los indios demasiados ultrajes recibidos *para tolerarles este último* de creerse llamados a redimirnos y regenerarnos. Es decir, que mientras hubimos de soportar, en la pasividad torturante de la impotencia, sus desmanes y sus explicaciones, industrializaron nuestra sangre, nuestro esfuerzo y nuestro dolor, y ahora que, al influjo de nuevas ideas y al conjuro de otros hombres de gobierno, requerimos nuestras

50 Escalante, J.A. Citado por Aquézolo Castro M. *La polémica del indigenismo*. 1976: 39

> energías todas para reivindicar nuestro *rango* en la vida nacional, los mismos que ayer nos explotaron y nos vejaron, pretenden convertirse en los empresarios de nuestra rehabilitación... (ya no hay conquistados). Y no hay derecho para que quienes ayer nos apartaron de la civilización, convirtiéndonos en bestias de carga y sumiéndonos en los abismos sin fondo de la ignorancia y la servidumbre, pretendan ahora erigirse en nuestros regeneradores. Parece que quisieran conquistarnos nuevamente: o mejor, reconquistarnos, para que sigamos uncidos al carro de su predominio.[51]

Luego de leer el artículo completo, una sospecha asalta al lector, probablemente la misma que asaltaba a los amigos de Escalante, y al mismo Escalante, y que lo aguijoneó a elaborar sus ideas y proclamarlas: Escalante era, en realidad, un indio.

Que, a los ojos de la sociedad, Escalante fuera un *miste*, mestizo propietario y ubicado en la elite, como la mayoría de hacendados cusqueños, no merece discusión. Mas, si partimos de la premisa que en el mestizo andino florecen la síntesis de las culturas europea y nativa, puede admitirse que este mestizo, en uso de un recurso puesto por el mestizaje a su disposición, decida extremar ya su componente europeo, ya su componente indígena. Por tanto, a exigencia de la ocasión y de los desafíos del medio, puede proclamarse blanco o indio, y hacer uso de los recursos de cualquiera de

[51] Escalante, J.A. Citado por Aquézolo Castro M. *La polémica del indigenismo*. 1976: 39



esas culturas. No era un secreto que los hacendados se embriagan con sus indios en sus haciendas, tocaban la bandurria y cantaban *cachuas* como el mejor. Y cuando visitaban la ciudad, esos mismos hacendados, acudían al club y brindaban con el mejor trago escocés. En esta ocasión, el mestizo Escalante opta por liberar su mitad indígena que gusta retozar en los potreros de la hacienda, o quien sabe más que la mitad, y pone a su disposición el idioma y los recursos expresivos hispánicos. Un Valcárcel de signo contrario. Un Valcárcel que puntualizaba: *Nosotros –que sin ser indios...*, en delación entrelineada de una clamorosa urgencia por marcar distancias con los indígenas, gran preocupación de los mestizos del Siglo XX, quién sabe si de estos tiempos también. De este modo, las circunstancias nos sientan a la mesa con dos mestizos cuzqueños, uno proclamando *nosotros los indios,* el otro subrayando *nosotros –que sin ser indios*.... Dos hombres de la misma cultura, extremando uno al indio, el otro al hispano, ambos todavía reacios a proferir con orgullo: ¡Nosotros los Mestizos!

Escalante nos obsequia una ilustración adicional, una precisión de mestizo trajinado. La diversidad de naciones distribuidas en las variadas regiones geográficas del Perú genera también una diversidad de plebes indígenas, tema por pocos tocado y fuente permanente de nebulosas y generalizaciones.

> Se habla aquí de "Cuestión Indígena" y "Problema Indígena", como si se tratara de una sola cuestión o de un problema único. Queremos creer que no ignoran los "indigenistas" costeños que existen mu-

chas "cuestiones" y varios arduos "problemas" en torno a la raza.
Aparte de la diversidad de aspectos que precisa estudiar, en estos asuntos atañederos a la raza, para abarcarlos en toda su extensión conviene tener siempre presente que ***el problema indígena del indio cuzqueño no es el mismo problema indígena del indio de Cajamarca, ni éste es igual al de Ancash, ni el de Ayacucho al de Puno.*** Tampoco la cuestión agraria es la misma en la Costa, en la Sierra y en la Montaña; así como son distintas y variadas hasta lo infinito las formas de la servidumbre del aborigen y los métodos empleados para su explotación y sojuzgamiento, en las diferentes secciones territoriales de la República.[52]

Difícil de comprender a la diversidad de naciones, si no se comprende que la geografía peruana es el reticulado de territorios de caracteres topográficos y ecológicos, particulares e irrepetibles, distribuidos a uno y otro lado de las cordilleras. Estos territorios posibilitaron a sus primeros habitantes ciertas actividades, y dificultaron otras. En la puna se pastorea, en los bajíos se cultiva, en la selva se colecta, se caza y se pesca. En unas zonas se cultiva cebada, en otras papas y maíz, en otras calabazas y caña de azúcar, y de otras solo queda huir por lo malsanas. Estas actividades, a fuerza de repetirse, generan hábitos y costumbres, materia prima de las culturas. Al final tendremos el reticulado inicial de

[52] Aquézolo Castro M. *La polémica del indigenismo*: 48. Cursiva y negrita, nuestras.



territorios, cubierto por un mosaico de naciones, y cada nación con su elite, clase media y plebe, diferentes culturalmente a sus pares de las otras naciones.

Tema tan inerte este de precisar nomenclaturas, cobra un filo beligerante a la hora de implementar medidas de gobierno, o en el pacífico intento de identificar a los personajes de una novela –¿Mestizos? ¿Indígenas?–, comprender su trama, finalmente asimilar el discurso del novelista. Fue el caso de la mesa redonda organizada en 1965 con el objeto de analizar la novela *Todas las sangres* de José María Arguedas. ¿Qué novela habían leído estos caballeros?

## Arguedas y *Los doctores de la Mesa Redonda*

Una de las difundidas falacias que José Ángel Escalante se empeñó en deshacer: los indios son iguales en todas las regiones del Perú, devino en el eje de los malentendidos que rondaron la Mesa Redonda del año 1965. El desencuentro se originó en la caracterización de Rendón Willka, personaje principal de la novela: ¿Era un mestizo? ¿Era un indígena?

El sociólogo Henri Favre estima tener en manos *una novela netamente social* y se plantea dos interrogantes. La primera: ¿en qué medida esta novela social *Todas las sangres* refleja la sociedad? La segunda: en la medida de ser una novela social, que por definición aspira a tener una acción sobre la sociedad, ¿cómo y cuál es la praxis de *Todas las sangres*? Enunciado lo anterior, se lanza a tantear la profundidad de las aguas intentando una respuesta a su primera pregunta:

> Algo me extraña en esta obra, particularmente el marco general dentro del cual se inscriben los personajes; quiero decir la estructura de castas. Esta novela describe una estructura de castas: de un lado el indio, de otro lado mestizos con blancos, la casta dominante; que, a mi parecer, ha desaparecido y ha desaparecido desde hace años en el conjunto de la sierra peruana. Y me pregunto, si no hay en esta novela que aspira a poner en escena personas metidas en situaciones actuales, no hay un desnivel histórico, si no hay dos planos históricos diferentes, bien diferentes pero confundidos. La segunda cuestión o tema dentro de la discusión es a mi parecer, la tentativa del autor de resaltar los mecanismos económicos, recalcar ideas, a mecanismos económicos, que son feos por ellos mismos, y me pregunto si era necesario tratar tal suma, esta horrible visión tan caricatural, tan rudimentaria de mecanismos sociales que por definición son impersonales y horribles por adición.

Pareciendo ignorar que el arte de la ficción consiste justamente en encarnar en personajes y situaciones tangibles, sensorialmente perceptibles, esas abstracciones sociológicas por definición impersonales, pasa a responder la segunda pregunta, referida a la praxis de la novela:

> Contestaré de dos maneras: primero, el autor sostiene una posición absolutamente indigenista, por mi parte, por ejemplo, el caso típico es que los indios son buenos, los mestizos o blancos pueden ser buenos o malos, pero por lo general son malos. Rendón Willka por ejemplo, que es un indio al principio de la novela en un proceso de cholificación, encuentra al final la salvación y la pureza, conserva su pureza volviéndose indio. Yo no sé si una actitud así, puede ser políticamente sostenible y científicamente válida en 1965 en el Perú. Yo he vivido 2 años, 18 meses en Huancavelica en una región del área del doctor Arguedas y no encontré indios, sino campesinos explotados.[53]



Ante la referencia a una región diferente a la novelada, que deslizaba la duda sobre si la novela se correspondía con la región geográfica y social tratada, Arguedas intenta una precisión:

> Puede ser que, en algunas zonas del país, efectivamente el cuadro descrito no corresponda exactamente a la estructura histórico-social del indio actual, porque ***el Perú es un país con desarrollos tan diferentes, los factores de todo orden que han determinado la realidad social andina son muy distintos en unas y en otras regiones***. Por supuesto que la descripción que se hace en *Todas las sangres* no puede corresponder nunca a la realidad del valle del Mantaro, por ejemplo. Parece que no correspon-

53 *¿He vivido en vano? Mesa Redonda sobre Todas las sangres. 23 de junio de 1965*: 38. La mesa redonda convocó a José María Arguedas, Jorge Bravo Bresani, Alberto Escobar, Henri Favre, José Matos Mar, José Miguel Oviedo, Aníbal Quijano y Sebastián Salazar Bondy.

de tampoco a la de Huancavelica, para mí todo eso es una revelación [...]Entre este indio (uno de San Juan de Lucanas, de quien hablan) ***y un campesino de Huarochirí o de Yauyos que ya no hablan quechua, o del valle del Mantaro hay una diferencia cultural bastante seria.***[54] Si no se usa la palabra *indio* habría que inventar alguna otra, porque la palabra *campesino* para ambos no resulta precisa. Hay una distancia, indudablemente muy grande, entre uno y el otro. En cuanto a que esta estratificación de castas, tampoco corresponde a la realidad que ha observado el doctor Favre.[55]

En cuanto al cargo de indigenista, por presentar a indios buenos, Arguedas intenta precisar todavía:

> Hay otra objeción muy seria del profesor Favre, de la idealización de los indígenas, una posición indigenista, peligrosa, porque todos los indios aparecen perfectos y aparece como que los indios fueran bondadosos, biológicamente, por ser indios. Esa es un poco la imagen que usted ha percibido. Pero Rendón Willka no es indio, no es indio Rendón Willka. [...] Yo insisto de una manera muy categórica es que Rendón Willka no es de ninguna manera un indio.[56]

Presumimos que una pregunta debe haber flotado en el ambiente: ¿Qué es entonces Rendón Willka? porque hispano a todas vistas no es. Mas en este pasaje de la Mesa Redonda, sociólogo y novelista se habían entrampado en un callejón sin salida, y al parecer los asistentes querían terminar y levantarse la mesa con el trozo de verdad que cada uno había logrado asir. Arguedas insistió, no iba a levantarse sin un adiós a la erudición del doctor Favre:

> JMA: Una aclaración que va a servir para todos los que estamos escuchando. Cuando usted habla del sistema de castas habla de indios y mestizos y señores, ¿usted considera que este cuadro ya no rige, no lo ha encontrado usted en Huancavelica?
> HF: Bueno, yo no sé si existe todavía en el Perú. Lo pongo en duda, con toda seguridad hay procesos dinámicos...[57]

Que los hombres nos estratificamos en elites, clases medias y plebe, lo sabe la humanidad desde los tiempos de Aristóteles que estudió 158 Constituciones de naciones que lo precedieron. Las nuestras nos segmentaron culturalmente en los estamentos de indios, señores, y mestizos.

## Uriel García y *La Cueva de la Peruanidad*

El cuzqueño Uriel García acude oportunamente a serenar el panorama con *El nuevo indio* (1930), ensayo que aporta una visión de la problemática indígena desde una perspectiva afianzada en la realidad cotidiana y distante de las entusiastas profecías. Comienza por establecer la impor-

54 NA: indios de diferentes naciones, dentro del mismo país.
55 *Op. Cit.*: 44. Cursivas y negritas nuestras.
56 *Op. Cit.*: 46.
57 *Op. Cit.*: 53.

tancia de la geografía en la constitución de las culturas.[58] Son los territorios y su clima, su fauna y su flora, sus suelos y su clima, que determinan naturalmente las actividades productivas, las actividades económicas y las recreativas, de los habitantes de cualquier región. Estas actividades determinan usos, que a fuerza de repetirse devienen en costumbres, que combinadas con las actividades de la vida diaria devienen en culturas. Por dichos factores, la cultura de los hombres de la Amazonía difiere de aquella de los pastores de las altas punas; y esta, de la producida por los pescadores del litoral. Diversas geografías, diversas actividades, diversas culturas, a la postre diversas naciones.

Uriel García gusta sustentar con información histórica sus deducciones:

> Cada una de estas zonas territoriales –y geopolíticas caracterizadas por los incas: *Chinchasuyu, Antisuyu, Kollasuyu y Cuntisuyu*– tiene su constitución geológica especial, una flora y una fauna singulares; más aún un hombre propio. Son, pues, medios plasmadores diferentes de personalidades colectivas. El hombre que vive en las altas cumbres no ha de tener la misma fuerza emotiva ni semejante capacidad actora del que vive en los llanos y lugares templados, como el molle de las alturas no es de la misma figura

58 NA: Tópico en la que se daría la mano con Ferdinand Braudel, que a partir de sus escritos de prisión colectados en *La Méditerranée et le monde méditerranée á l'époque de Philippe II,* y publicados en 1949, devolvió a la geografía su importancia en el desarrollo de las civilizaciones.



> que el molle de los bajíos. El kúntur que señorea sobre el picacho no es el halcón de las quebradas, ni la vivienda que otea desde la loma tiene la misma expresión que la morada sumida dentro del pueblo que se tiende sobre la llanura. Esas cuatro zonas geográficas son otros tantos mundos morales.
> Para hablar de las "razas" quechua, aimara o kolla, yunga y salvaje o "anti" no hace falta comparar el índice facial, fijarse en el pigmento de la piel ni analizar los esqueletos. Labor minúscula la de los "antropólogos" y "etnógrafos" que hasta hoy no pueden decirnos una verdad rotunda sobre nuestro origen ni sobre nuestros parentescos colectivos o espirituales. Aunque tampoco hace falta.
> En lugar de escalpelos y craneómetros será mejor sorprender el "alma" de estos paisajes sustentadores del hombre que en ellos nutre su afectividad y acrecienta su espíritu. Las cuatro "razas" no son más que espíritus que concurrieron a formar la nacionalidad y a dar carácter al pasado, y aún mantienen todavía ese influjo y esa simplicidad en el presente.[59]

Tras describir la constitución de los habitantes nativos, su arte y su cultura, prepara el terreno cultural que recibirá la arremetida de la conquista española, proceso que genera al mestizaje. Arriban al territorio hombres portadores de una cultura fraguada a lo largo de milenios, en extrañas geografías y con ingredientes desconocidos. El encuentro con las culturas nativas se resuelve en una síntesis nueva que

59 García, U. *El nuevo indio*. 1937: 31.

involucra a todas las áreas de sus vidas. Las culturas nativas reciben elementos de la foránea, en unos casos; aportan sus elementos a la foránea, en otros. Ninguna cultura será la misma luego del encuentro. El paisaje no escapa al mestizaje. La llegada de bueyes y arado lo altera. Los caballos alteran la noción de las distancias. Aquella que se recorría en una semana, ahora se ejecuta al galope en un día. Con los caballos llega el desconocido arte de monturas, alforjas, riendas y bridas. Las manos andinas las replican ornándolas de cantutas, soles nacientes y perfiles de vicuña. El paisaje de suaves llanos limitados por altas cumbres, y por abruptos riscos tallados por ríos profundos, se mestiza con la aparición de pueblos y villorrios, plazas y calles empedradas. Torres de iglesias, casas de tejas labradas por manos indígenas, balcones tallados por albañiles nativos. Púlpitos de iglesias, obra de manos indígenas, donde pronto predica un sacerdote mestizo. Tallados en piedra, en madera, en oro y plata con buriles finos y aplicando un saber artístico que no es de España. Los indios aprenden a montar el caballo pese a las prohibiciones, lo visten con su propios estribos, riendas y monturas. Los jinetes indios se equipan, exploran nuevos aires y descubren una nueva gallardía: polainas, poncho, bufanda y sombrero a la pedrada. De modo que el escuadrón de jinetes que emerge tras el ganado, no es más español, pese a los caballos; ni es indígena pese a la piel quemada por el sol de las llanuras. El resultado de la síntesis cultural comienza a florecer en los valles, las punas y las quebradas. Con los animales llegan sus nombres a enriquecer el quechua nativo, a generar nuevas toponimias: caballo-*cocha*, cabra-*cancha*, telar-*machay*; igual con la vegetación:



Cedro-*yoc*; con los frutos: higos-*pata*, durazno-*yoc*; y con las flores: rosas-*pata*, clavelina-*yoc*, retama-*yoc*. El vestuario se modifica con la incorporación de pantalones, chaquetas, medias y sombreros. La tierra aporta sus propias prendas, el *uncu* indígena deviene en el poncho que acompaña al mestizo en sus correrías y es un día la prenda distintiva de San Martín que emponchado de azul cruzó los Andes sureños. Fueron ponchos que perdió el británico Miller en su cruce del río Pampas. El poncho, prenda emblemática del mestizo, no merece aún hoy, un museo que homenajee su historia. El trigo y la cebada mestizan el paisaje y propician otra actividad: la trilla, que se integra a la vida campesina de un modo que es imposible concebir esos campos sin las danzas y canciones de las trillas de arvejas; o sin la trilla de cebada con caballos.

La interacción es recíproca, sin embargo. El hispano aprende a saborear los frutos de la tierra, mientras los elementos de su alforja se integran a la culinaria nativa. La pachamanca andina se apropia de las habas foráneas y algunas carnes, la rodea de humitas, integra el queso español al huacatay serrano para formar una salsa mestiza que no existía antes del encuentro de culturas. Los chupes merecen páginas especiales en el menú. Chupes de calabazas, de camarones, de zapallo, el chupe verde de papas compuesto de huevos reventados, leche fresca y hierbas de chincho, ruda y huacatay, en insólita hermandad. Para no hablar de papas, camotes y calabazas horneadas, o yucas frescas sancochadas. Hispanos e indígenas mestizan los campos, las actividades económicas, la arquitectura, la vestimenta, la música, los instrumentos musicales y las danzas. Un mestizaje de rever-

sión imposible. La diferencia solo es distinguible en el orden social: se llama indio al hombre de la plebe social, pero el plebeyo que escala en la pirámide, sea por el comercio o la especialidad artesanal, se convierte en maestro. La diferencia es de estratificación social, pero en todos esos escalones, como en las actividades económicas, o en las artísticas –pintura, escultura, arquitectura, literatura y demás–, o en la mesa y el lecho, el mestizaje galopa incontenible.

De modo que los escuadrones de jinetes que contemplara Valcárcel con orgullo en su celebración del indígena, no eran tan indios en realidad, menos el joven Pablo Kutiri que corrió en su motocicleta a salvar la obra adventista en el levantamiento de Huancané, ni Clemente Sullka, el ponguito de Paucartambo que desposó a la hija del hacendado y terminó manejando la hacienda. Mestizos todos; o despectivamente *cholos*, si su promoción al mestizaje es reciente y delatada por sus prendas, modales, o un dejo en el hablar.

¿Y qué acontece en la sensibilidad de los españoles recién llegados? ¿Qué; en la sensibilidad de los invadidos? Uriel García conoce de esas urgencias, de los arduos procesos y de sus posteriores resignaciones:

> El "conquistador" es un inmigrante urgido de aproximarse a la tierra y de poseerla. En cuanto ha llegado hasta el regazo de la india para perennizarse en la prole ya está sometido al ritmo indiano y fatalmente ungido a otro destino. También para él la aldea mestiza es como un túnel estrecho por donde tiene que atravesar con el alma encorvada para salir transformado hacia otro ámbito. Desde España, a través del mar, *desciende*, en cuerpo y alma, por los despeñaderos andinos y allí se queda y en su sentimiento, en su voluntad y quien sabe si aún en su pensamiento se torna un "hombre de los Andes" –o lo que es lo mismo, un *indígena*– sometido a la beligerancia con las montañas donde ha fijado su voluntaria prisión. De su amor con la india nacen el cholo y la chola, que a su vez vienen a ser también padres de la nueva indianidad. Sus odios, al mismo tiempo, acrecientan el drama de los Andes. De esos amores y de esos odios entre las fragosidades andinas surgió el alma mestiza que da vigor emotivo a la tierra como carácter personal al hombre.
>
> No nos referimos precisamente al mestizo fisiológico, sino al mestizo *espiritual*. Porque lo de menos es la cuestión sanguínea para todo aquello que se refiere al espíritu y no sea mero asunto de cruzamiento de *sementales*. El hombre, más que un *reproductor*, es una conciencia que al *mezclarse* se acrecienta en su fuerza creadora. El español que liga su corazón a la tierra y se hace indiano es un amestizado, como el indio que fuga del "incario" y acepta el nuevo sentido del mundo es también un amestizado. Entonces lo "mestizo" no implica hibridismo como creen los seguidores del Dr. Gustavo Le Bon, que califica de tales a los pueblos americanos.[60]
>
> La vida colonial serrana, bajo su aparente modorra y su aspecto de cotidiano festejo religioso, tiene



60 Le Bon, G. *Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos*. Nota de U.G.

> en lo hondo un ritmo dramático de restauración nacional, de *renacimiento* de la indianidad destruida por la emigración, extranjera, bajo nuevas formas de expresión. Dentro de ella el aventurero o explorador hispánico, al fijarse en la tierra, pierde su personalidad originaria para adquirir una nueva, como, por su parte, el indio antiguo vive en pugna constante para defender su tierra, su tradición y la continuidad de su conciencia racial; mas al hacerlo, también pierde su personalidad y se busca otra. La está buscando hace siglos.[61]

En resumen, la resultante de tal encuentro de culturas no genera la monstruosidad expuesta por algunos. Por el contrario:

> El alma mestiza es, pues, pese al descrédito del término, el comienzo del americanismo total; es una personalidad en germen y no una aleación físico-química, descomponible en átomos, o en dos mitades, la una europea y la otra india, por más que el acoplamiento de esos elementos le haya producido. Es el alma que infunde vida a la América actual; mejor dicho, es el alma de los Andes, de todos los campos del continente, hacia donde viene el indio que asoma por la lejanía del pasado y hacia donde marcha también todo aquello que cobra resplandor telúrico, todo

61 García, U. *El nuevo indio*: 96-97.



> aquello que ingresa en las entrañas americanas para ser reencarnado y parido.[62]

En sus exploraciones indigenistas, Uriel García tenía que chocar con la estructura económica y social del centralismo ejercido desde la capital criolla. Priva este de recursos y poder a las provincias, recorta sus posibilidades de alcanzar su desarrollo, y un gobierno tras otro, consolida, su hegemonía territorial.[63] Al sacar a luz el problema, Uriel García supera a quienes plantean que la lucha del indígena –y del mestizo, por añadidura–, es contra el gamonal, que en el interior constituye la elite de cada nación. La destrucción del gamonal conlleva a la destrucción de las elites locales, y luego a la destrucción de las naciones. La lucha es, en la percepción de García, contra una fuerza instalada por sobre las regiones, con poder sobre mestizos y gamonales; conducta consagrada por el centralismo del sistema de gobierno desde la misma fundación de la república y reforzada por una tras otra Constitución.

> Así, el amestizamiento de América que genera un nuevo espíritu que avanza hacia el porvenir, trae consigo a su vez el grave problema de infundir en el indio esa alma juvenil y hacerle un *nuevo indio* total. Y en el caso singular de nuestra sierra surperuana, vasta zona de la indianidad, el problema de la cultura arrastra también el problema de la *redención de indio*, problema que como bien dice José

62 *Op. Cit.*: 107-108.

63 NA: El colonialismo interno denunciado por Victorio Codovilla en la Tercera Internacional de Buenos Aires de 1929.

Carlos Mariátegui, afecta principalmente a las generaciones jóvenes de la sierra, pues es la cuestión *regionalista* por excelencia. Solo que este regionalismo tiene que ser forzosamente, hasta tanto que se obtengan soluciones valiosas, lucha no solo contra el "gamonal" sino también contra el *centralismo* que opera desde Lima tanto como un gamonal. La forma centralizada de nuestra constitución política fue siempre desde antiguo el caciquismo de primera potencia, y mientras no desaparezca éste tampoco podrá desaparecer aquél. Por eso el regionalismo serrano más que una reacción de "políticos" resentidos y en desgracia es y tiene que ser siempre un estado de alma beligerante, cargado de nobles idealidades para alcanzar la nacionalidad, para llegar a ese espíritu americano neoindio, puesto que la sierra fue la entraña de la cultura. El "regionalismo" fue en todos los tiempos, aún desde los incas, voluntad indiana de creación nacional, antes que un "bando" de política criolla o un círculo *provincialista*, que eso es otra cosa. Y, sin embargo, si tiene un sentido político es también lucha con el centralismo político como lucha de los campos y del campesino serrano contra la urbe europeizante. El regionalismo es una fuerza defensiva de la historia peruana. La unificación espiritual del Perú se conseguirá no dando muerte a esos valiosos impulsos de cada zona histórica, sino más bien incrementándolos y dándoles más autonomía. La "aldea", la "provincia" y la "ciudad", como la sierra, la costa y



> la montaña, cada cual que cumpla su papel, como así lo mandan los Andes formidables.[64]

Dedica un capítulo a presentar una galería de sus nuevos indios, o mestizos descollantes. Inicia el desfile Garcilaso de la Vega, *el mestizo egregio*, homenajea a Juan Espinoza Medrano, "El Lunarejo" quien, *Mientras los alarifes indiomestizos del siglo XVII creaban sobre la piedra y a fuerza de espontaneidad nuevas formas y valores estéticos en las fachadas neoindias del Kollao y el Cuntisuyo, "El Lunarejo" hurgaba su aptitud mental en contienda con abstracciones teológicas o cincelaba frases entre las brillanteces de la retórica gongorina.* Presenta con orgullo cusqueño a José Gabriel Condorcanqui por entrever un nuevo horizonte para la historia peruana y entregar su vida en el afán de su realización. *El cacique de Tungasuca fue, por su ideología, por su espíritu y acaso también por la sangre, todo un mestizo, valga decir, un hombre renovado y sacudido de su tradicionalismo incaico.*[65]

Uriel García culmina el ensayo con un homenaje a la chichería cuzqueña, *Caverna de la nacionalidad*. La aparentemente sórdida chichería es el Social Club del mestizo. En ella fraguaron sus revoluciones quienes alinearon tras Gamarra, Orbegoso y Santa Cruz, en ella afinan presupuestos los mayordomos de *El señor de los Temblores* y *La Virgen de Belén,* y de ella salieron las montoneras a cuestionar a pólvora y espada el orden republicano. Y no solo ello:

> Mas también la chichería es como el invernadero de la cultura, el hogar de las artes primerizas, el punto

64 *Op. Cit.*: 110-111.
65 *Op. Cit.*: 151.

de partida, la cuna del balbuceo racial y de su primer gesto. Principalmente, es todo un conservatorio de música nativa, la expresión mas honda del alma nacional y del hombre eternamente indiano. Allí se indianizaron el violín y el arpa, el charango y el "pífano". En ese ambiente enardecido, mas que de alcohol, de emotividad torrentosa, el arpa eólica de otras épocas y de otros mundos acompaña impúdico la copla sensual que entona el violín, trocado en instrumento paleolítico y de comienzo, que fraterniza con el charango rústico y el pífano callejero y golfín.[66]

La mujer mestiza merece un capítulo especial. Presente en los mercados de las ciudades, en las ferias de aldea y en el bullicio de las chicherías, contribuye con decisión y alegría a mover las ruedas de la economía. García homenajea a la mestiza que desfila hacia las ventas de panllevar, hijo en brazos y mercancía a la espalda, y también a las descollantes mestizas que influyeron en el destino de la vida nacional. Micaela Bastidas coordina las fuerzas que dirigirá Túpac Amaru, Manuelita Sáenz galopa a la diestra del Libertador, y Pancha Gamarra, la Mariscala, reclama su propio espacio en cada evento que le toca vivir. Y están las mestizas anónimas, las abejas del panal, que a diferencia de las madres indias que concebían hijos del pasado, conciben hijos para labrar el futuro. Las costureras de aldea y las maestras rurales, las lavanderas de los campamentos mineros y las cocineras de los contratistas de carretera, las comadronas despertadas

[66] *Op. Cit.*: 169.



a cualquier hora de la noche y las floristas de mandiles blancos y sonrisa de oro, que, si detuvieran en un día su tarea, ese día el mundo se tendría que paralizar.

## El Carnaval Huamanguino de Rosa Escarcena

La sociedad huamanguina de 1930 ofrece reveladoras facetas del proceso de diferenciación social que origina al mestizo, estamento cultural, a la vez componente fundamental de la clase media política de la región. En ese islote de 33 iglesias y rodeado de poblados y comunidades indígenas, apenas conectado a Huancayo por una trocha carrozable, carente de alumbrado eléctrico, de escuelas, de agua potable y del más mísero hotel, un insólito grupo intelectual funda el *Centro Cultural Ayacucho* (1934). Los personajes son desconocidos en el panorama nacional, a diferencia de sus pares culturales cuzqueños que merecen algún reconocimiento, pese a la magnitud de la labor que asumen al fundar la revista cultural *Huamanga* que, en sus cien números publicados desde 1934 hasta 1965, aborda temas referidos a la historia local con su impacto en la nacional, la educación rural, y cómo no, la problemática indígena. Figuran en su primer directorio Manuel Jesús Pozo, abogado huantino y autor de una historia de Huamanga; Pío Max Medina, abogado miembro de la Sociedad Geográfica de Lima y escritor, cuya obra cumbre será *Monumentos coloniales de Huamanga*; Alfredo Parra Carreño, autor de *Huamanga en la campaña de la restauración* y más tarde Ministro de Educación; Lucio Alvizuri, educador y fun-

dador de la revista *Semilla pedagógica*; Antonio Hierro Pozo, organizador de la primera escuela rural del Perú y autor de los trabajos *Colonias escolares de niños indígenas en haciendas*, *Ensayos de pedagogía andinista* y *La decadencia de Huamanga y su resurgimiento*. Más tarde se sumarán José María Arguedas y Efraín Morote Best.[67]

El objetivo inicial del *Centro Cultural* es expuesto a la comunidad el día de su instalación:

> Entre nosotros se impone, con necesidad ineludible, el estudio de nuestra historia local, pues lo cierto es que estamos todavía por conocer documentalmente, nuestro pasado. La verdad histórica de Ayacucho se está por escribir y su prehistoria continúa permaneciendo en el limbo de la leyenda.[68]

Armados de este ideario no tardan en abordar temas que consideran de ayuda para definir su identidad, para hallar *el alma ayacuchana*. Abordan las batallas de Chupas y de Ayacucho y el rol cumplido por Huamanga en la Independencia. Unos números de la revista tratan sobre el Inca Garcilaso de la Vega; otros, la poesía quechua, el folklore, las creencias tradicionales y los ritos populares. Entre las actividades del *Centro* están propiciar las conferencias de Julio C. Tello, organizar visitas a las excavaciones en las ruinas de Acuchimay que efectúa el arqueólogo ayacuchano

67 Cavero Ranulfo y Cavero Rómulo. *Retablo de Memorias. Indígenas e Indigenismo en Ayacucho*. 2007.

68 Medina, Pío Max. "Discurso de instalación del Centro Cultural Ayacucho" citado por Vidal Galindo Vera en *Bibliografía de la Revista Huamanga 1934-1965*.



Manuel Benedicto Flores. José María Arguedas contribuye a ese despertar con su trascendental ensayo *Entre el Kechwa y el Castellano - La angustia del mestizo*; Horacio Urteaga aporta *La cerámica en el antiguo Perú*; Víctor Navarro del Águila, *El runa simi huamanguino*; Pío Max Medina, *Estudio sobre los Pocras;* Juan José del Pino, *Las sublevaciones indígenas en Huanta*. Y un largo etc., de temas y colaboradores. A diferencia de sus pares cusqueños, estos intelectuales carecen de un pasado prehispánico a custodiar. Se saben Pocras, vertiente de los Chankas, tal vez Huaris, el resto es brumosa Historia. Tienen frente a sí una cultura viva de matriz indígena que ha venido envolviendo y permeando a la ciudad de origen hispánico y ahora totalmente quechua hablante según lo revelara un censo de comienzos de siglo. No es casual por tanto que su elite cultural, de quechuistas letrados, formados mayormente en el seminario de Ayacucho, descubra que la identidad reposa en, y se nutra de, un vasto sustrato indígena.[69]

Si bien quechuahablante en su totalidad, con excepción de los visitantes, la sociedad huamanguina mantiene por entonces un estricto ordenamiento cultural que los clasifica en mistis, mestizos, e indios. Y cada estamento con privilegios reconocidos. Las elites gozan del derecho a pasear por la plaza y la alameda, como acontecía también en la Huancavelica de aquel tiempo, los mestizos tienen el derecho a solicitar instalaciones de agua para sus barrios, y los indígenas están obligados a barrer la plaza y los lugares

69 Durston, A. *El teatro quechua en la ciudad de Ayacucho, Perú, 1920-1950*. 2014.

públicos.[70] Por debajo de esa clasificación aceptada como natural, otro proceso se viene destilando y cristalizando, y que con los años cambiará el rostro de Huamanga, como de otras ciudades del país, incluida Lima, su capital.

Rosa Escarcena Arpaia observa el proceso y lo registra con audacia avalada por el resultado de sus visitas de campo. Colaboradora eventual del *Centro Cultural* publica el artículo "El indio ayacuchano" en dos números de la revista *Huamanga* del año 1938.[71] Clasifica a los indígenas de sus observaciones hasta en cinco niveles determinados por características objetivas: entorno vital, ubicación en el aparato productivo, usos y rutinas cotidianas, *propone diferenciarlos* bajo el punto de vista de grado de cultura, *de las actitudes y comportamientos, clasificación que implica roles sociales, costumbres, vestidos, condiciones biosíquicas, aptitudes artísticas, industrias e idiomas.*[72]

La escala Escarcena comienza con el ***Indio Rústico, Purum Runa*** o ***Sallcca Runa***. Este habita las punas, vive del pastoreo de ganado mayormente ajeno y su único idioma es el quechua. Hombres y mujeres calzan ojotas de cuero vacuno. La oveja les provee de lana para sus prendas. Los hombres visten medias, pantalones, chaqueta, poncho, chullo y sombrero; las mujeres, faldellín, camisa de bayeta y una manta de lana de oveja. El cuero de los ovinos les sirve de colchón y el pergamino es usado para la confección del bolsón de coca. Las viviendas tienen de bloques de tierra los muros y de paja los techos. La alimentación carece de condimentos y de carne. Sus platos son *lahuas* de granos y tubérculos. Los panes, el arroz y los fideos son desconocidos. La ausencia de especializaciones laborales los lleva a confeccionar sus utensilios domésticos, bateas y cucharas, con troncos de árboles. Los instrumentos musicales son los básicos, de viento, quenas y antaras, confeccionadas con carrizos silvestres, y en las fiestas se acompañan de un tamboril. De las cañas confeccionan canastas y sopladores para el fogón. Utilizan los cuernos de vacuno para hacerse de instrumentos musicales, o de recipientes. El grupo humano más pequeño es el ayllu y la autoridad la detenta el más anciano. La flora natural les provee de medicina y de combustible. Para las medicinas se auxilian de los orines humanos; y para el fogón, con la deposición seca de los vacunos.

El segundo estrato está constituido por el ***Indio Semi Civilizado*** llamado también ***Chacra Runa***. Es el proveniente de las comunidades indígenas, de las pequeñas aldeas y de las haciendas donde trabaja como yanacona a cambio de un terreno donde vivir y cultivar para el sustento. Las viviendas son mayormente de piedra, de pircas selladas con lodo. Hombres y mujeres visten igual que el Indio Rústico, al que se asemejan en utensilios domésticos y alimentación. Consumen coca y los hombres fuman cigarrillos ordinarios. Si bien beben chicha, el aguardiente de caña ingresa como bebida preferida en este nivel. El charango se incorpora a los instrumentos musicales. El rasgo importante es que el trabajo de hacienda comienza a modificar los modelos culturales de ambos sexos. Las mujeres trabajan como domésticas

---

70 Cavero, Ranulfo y Rómulo. *Retablo de Memorias. Indígenas e Indigenismo en Ayacucho*. 2007.

71 Escarcena, R. Revista *Huamanga* Nro. 15 y 16, Ayacucho, 1938.

72 Trigos, P. *Espacios sociales, Tensiones y Conflictos en Indígenas y Notables (Ayacucho 1906-1960)*, Tesis UNSCH 2014.

a órdenes de las patronas, los hombres salen de la hacienda a realizar encargos en las ciudades. El roce con el idioma español los obliga a usarlo, aunque mantienen el quechua como idioma principal. En cuanto a la autoridad, comienzan a someterse a la de tenientes gobernadores, jueces de paz y párrocos de la ciudad. En sus ratos libres confeccionan canastas de totora y carrizo, sogas de agave, objetos de alfarería; las mujeres tejen bufandas y medias de lana. Las haciendas les demandan la confección de adobes y tejas, tallados de piedras, la edificación de muros con rústicos tapiales. Trabajos que los van especializando. El pastoreo de ganado a caballo los ejercita como jinetes que de llegar a la destreza les gana la consideración de los patrones y abre otros horizontes. La dieta alimenticia comienza a variar, por la eventual cocina de la hacienda, por sus esporádicas visitas a los pueblos y ciudades. Para los jóvenes de ambos sexos de este nivel, la hacienda es el trampolín de salto a la ciudad.

El tercer estrato, del ***Indio Civilizado*** o ***Llacta - Runa***, está conformado por el indio de las pequeñas poblaciones, villas y aldeas, y del indio que logra acomodarse en la periferia de las ciudades. Los hombres se emplean de albañiles; de peones, picapedreros, arrieros, carpinteros, ebanistas y talabarteros. Comienzan en estos oficios empleándose como ayudantes por ínfimas pagas. Otros tejen ponchos, frazadas y bayetas. Pese a entrar en contacto con la ciudad, este indio continúa practicando sus costumbres campesinas, aunque algunas mudas modifican su aspecto. Los hombres comienzan a vestir saco y pantalón de cordellate, de tocuyo o casinete, a calzar zapatos de cuero, igual que de cuero los bolsones para la coca. No abandonan el sombrero y el poncho, aun-



que ahora prefieren los de confección artesanal. Los mayores cambios acontecen en las mujeres. La ciudad les ofrece la posibilidad de liberarse del trabajo doméstico, les franquea las puertas de la independización con la consecuente, lenta e inevitable, muda de usos y vestimenta. Ellas realizan los trabajos auxiliares del campo y ofrecen sus productos en la ciudad: carne de res, cuyes y gallinas, granos y tubérculos. Los ofrecen en las calles, o de casa en casa, y las vías se llenan de placeras, vestidas de coloridas faldas, enaguas de tocuyo y mantas de castilla con alfileres de metal. Los airosos sombreros, los aretes y los anillos en las manos, constituyen el distintivo de las mujeres de este nivel. Las viviendas son ahora de adobe y tejas, con pisos de tierra y rústicamente amobladas. La alimentación se enriquece con frutas, menestras y carne fresca. Los hombres continúan fumando y bebiendo, chicha y aguardiente de caña, y consumiendo la coca de la que las mujeres se comienzan a distanciar. Los hijos colaboran con la economía de los hogares, pero en su mayoría son enviados a las escuelas elementales. Celebran sus fiestas religiosas con pompa en fechas especiales, motivo de reunión con los compueblanos. Los instrumentos musicales son enriquecidos con las cuerdas: arpa y violín, guitarras, bandurrias y charangos. Los hombres y mujeres de este nivel gustan derrochar en disfraces y música, en cohetes de confección sofisticada, y en potajes y licores. Acuden a las fiestas de siembra y trilla de sus pueblos en busca del necesario y satisfactorio reencuentro con sus orígenes.

El cuarto estrato, del ***Indio Mestizo Plebeyo,*** está conformado por los ***Macctas*** o ***Cholos*** de los distritos y las provincias. Destacan por los apellidos. Atrás quedan los

Huamán, Puma Soncco, Caillagua, Callañaupa, Chocce, típicos aborígenes. Ahora son Rivera, Calderón, Martínez, Suárez, Cordero, López, Pizarro, Carbajal, a los que han llegado tras pacientes, penosas, y, consideradas por ellos, necesarias mutaciones.[73] Rosa Escarcena nos orienta, describiendo sus aspectos:

> Los hombres visten saco, pantalón y chaleco; camisas de tocuyo o vichy, zapatos de cuero o cordobán, sombreros de paño extranjero ordinario, o de paja de Catacaos. Por lo general no usan corbatas, ni calcetines; el poncho tampoco es para ellos una prenda indispensable, y solamente lo usan para abrigarse dentro de casa, o para protegerse de las lluvias en los viajes. En esos casos, lucen ponchos finos de vicuña o en lana de oveja teñida de nogal. No llevan pisca para la coca, pues en este nivel su uso es ridiculizado.

Las mujeres visten con gabardinas de colores, blusas de percal, llicllas o manteletas corta de castilla a la espalda, sombreros de paja y zapatos de cordobán. Lucen anillos y aretes de plata a diario y joyas de oro en los días de fiesta, ocasiones en que lucen sus vestidos más finos. Como es costumbre india, cargan los hijos a la espalda y se esfuerzan porque reciban una instrucción primaria. Conscientes que el dominio del español abre puertas en esa sociedad, asisten

[73] En similares circunstancias de una provincia huancavelicana, estos cambios de nombre originaron un epigrama quechua: *Kunanqa Waytapas, Floresñam; Perqapas, Paré.* Ridiculizando la muta del quechua Wayta, al hispánico Flores; del quechua Percca, al afrancesado Paré.



a escuelas nocturnas, y al cabo de unos años logran expresarse en un pasable español, oral y escrito, sin renunciar al quechua. Este grupo provee a la ciudad de artesanos, sastres y modistas, sombrereros, joyeros, hojalateros, talladores de piedra de Huamanga, empleados de las casas comerciales, portapliegos y porteros de oficinas, carpinteros, herreros, peluqueros, talabarteros, comerciantes minoristas, fonderos y pequeños industriales. Las mujeres son las tenderas de los mercados, las vendedoras de panes, dulces y frutas. Algunas todavía se ganan la vida como empleadas domésticas y lavanderas por encargo. Constituyen el estrato más bajo de las clases medias y de aquí brotan los músicos de las bandas populares. Los hombres más preparados de este nivel alcanzan a ubicarse como tenientes gobernadores, alcaldes distritales y jueces de los pequeños pueblos. La alimentación es variada y para vivir buscan ocupar las casas de barrios organizados, dotados de salas y habitaciones amobladas con catres, silletas y mesas de madera rústica. Gustan de las fiestas y de danzar en comparsas por las calles de ciudades que hasta hacíwa poco consideraban ajenas. En esas ocasiones lucen a sus compadres y comadres, elegidos oportunamente entre las encumbradas personas de la sociedad.

Y arribamos al estrato del ***Indio Mestizo Culto***, ocupado por los mestizos típicos de la ciudad. Alberga a los mestizos en ascenso, así como a los mistis en descenso. Comparten idioma, costumbres, régimen de vida y alimentación, viviendas e instrucción. Hacen lo posible para que nada los diferencie de los mestizos blancos. Los hombres visten manufacturas nacionales en los días particulares y casimires extranjeros en los días de fiesta, o en ocasiones en que se ven forzados al roce

social. Gastan camisas blancas de cuello, y corbatas a rayas o de color entero, según la moda de los tiempos. Usan reloj de bolsillo o de pulsera, sombreros extranjeros, calzados de hule o cuero fino. Imposible verlos consumiendo coca, o aguardiente. La cerveza y el pisco son sus bebidas. Y si agasajan a una autoridad, el vino y el champán. Estos mestizos logran culminar la instrucción media y muchos culminan carreras universitarias. Las mujeres alcanzan las escuelas normales, algunas cultivan inquietudes intelectuales más allá de la que sus ocupaciones cotidianas les demandan. Este estrato proporciona su burocracia al Estado y sus empleados a las casas comerciales. De aquí provienen los discretos profesionales de carreras estables, los párrocos rurales que se embriagan y mantienen hijos secretos en las aldeas.

Las observaciones realizadas por Rosa Escarcena a la sociedad ayacuchana de los años treinta, revelan una hasta entonces desconocida flexibilidad en la estratificación social de sus habitantes. Confirman la percepción de que la clasificación de indios y mestizos es cultural, que el mestizaje denota la síntesis y acepta diversos grados de hispanismo, o indigenismo. En el primer escalón teníamos al *indio rústico* o *sallcca runa,* al final tenemos al *indio mestizo culto*, confundido con la clase media. ¿Dónde quedó la teoría de los genes raciales? Y los colores de la piel ni fueron mencionados. ¿Y la brutalidad del indio y su mentada irrecuperabilidad? Cinco escalones y se produjo la metamorfosis, podría ironizarse. Mas tomemos distancia del fenómeno y ubiquémonos con cierta perspectiva. Cinco escalones que consumieron dos o tres generaciones, y varias décadas de vida, para dejarnos con una pregunta desnuda: ¿qué posibilitó el cambio? No fue el *cruce racial*; ni la sola educación, ni fueron consecuencias sociales de cambios políticos. Lo visto en esas cinco escalas fueron individuos extraídos de un ambiente –geográfico, económico, sociocultural– y sumergidos en otro ambiente geográfico, económico y social. Extracción de un medio, inmersión en otro y el cambio ocurrirá. Como si se tratara de fluidos, los hombres resultan tomando la forma de los recipientes que los contienen; en este caso, del medio que los acoge.



Rosa Escarcena rastreó los escalones del ascenso, el viaje desde el aislamiento en vida natural, hasta a la vida del trato social, laboral, comercial y de permanente intercambio cultural. El camino seguido por los pueblos de la humanidad. No fue casual que los números, la escritura y el alfabeto desarrollaran su potencial en el entrevero comercial del mar Mediterráneo de hace milenios. Las herramientas del intelecto no tomaron forma en las estepas rusas, ni brotaron de la jungla amazónica, sino en el trato del hombre con el hombre, de un interés con otro interés, de una con otra civilización. A fin de ilustrar los alcances de los escalones Escarcena, recorrámoslos en sentido inverso, en descenso. Comencemos el ejercicio con un mestizo culto, descendiéndolo un escalón tras otro, año tras año, tal vez una generación tras otra, hasta ver convertido a su último vástago en un indio rústico, en un *sallcca runa*. La realidad aplicó este ejercicio a muchos hombres, que lo recorrieron por decisión, por amor, o por desgracia. Un estudioso europeo se sorprendió de hallar a un paisano suyo en el altiplano puneño, todavía con sus ojos celestes, pero ya los labios verdes de coca, rodeado de llamas, alpacas, y de la familia indígena

que había felizmente formado. Es el caso de los morochucos, rubios, barbados y monolingües quechuas, convertidos ya en abigeos, ya en montoneros, rehuyendo todo trato con la civilización del conquistador. ¿Y qué decir de las sonrosadas *indias* cajamarquinas que retozan sus ritmos de cadencia amazónica con sus ojotas indígenas, sus polleras multicolores y sus trenzas doradas? Lino Quintanilla y Julio César Mezzich, militantes de izquierda, tomaron el camino en ese sentido, en afán de sumergirse en el mundo indígena y concretar sus sueños políticos.[74] Juego riesgoso el descenso por implicar dolorosas privaciones; como lo fue el ascenso, por implicar sus propios desprendimientos y renuncias.

El ensayo de Escarcena culmina con un retrato de la mestiza culta ayacuchana, arquetipo femenino de la belleza andina: *tan atrayente y movidísimo es el traje de la mestiza huamanguina, que tanto señoritas de la sociedad ayacuchana como las que van de otros lugares, tiene a gala fotografiarse con esos vestidos*. Vestimenta costosa, prendedores de oro en la lliclita, rosarios de oro en las manos, aretes de piedras preciosas engastados por el artista para destacar el inquietante lenguaje de las miradas:

> Mujer de tipo atrayente, de tez blanca o ligeramente morena, de ojos grandes y negros. Su vestido muy vistoso y consiste en la falda de merino o de cachemira de color entero, pero claro, lliclita de castilla adornada de una urdimbre especial que saben hacer únicamente adornada como la prenda anterior,

74 Quintanilla L. *Andahuaylas. La lucha por la tierra. Testimonio de un militante*. 1981.



> ambas piezas llevan al contorno cintas labradas en seda; completan con el medio traje especie de monillo de seda, popelina o percal; calzan medias de seda y zapatos de hule. Usan la Chupaca en forma de triángulo que llevan sobre la cabeza, lo que les da un aspecto simpático y peculiar cuando caminan por las calles; desdoblada esta Chupaca, les sirve de manto con que cubren desde la cabeza para concurrir al templo y a las procesiones.[75]

Las transformaciones operadas en las conductas no escapan a la observación de Rosa Escarcena Arpaia, Asistenta Social de la Huamanga de 1938:

> La huamanguina, tipo único en el Perú, tiene el donaire de una castellana y la constancia de una india. Gusta perfumarse como una árabe y amar con toda esa fuerza oriental, hasta hacerse esclava del hombre por el amor... viste costosamente con telas de seda y merino, produciendo a su paso un ruido de cuatro enaguas almidonadas y bien planchadas... huamanguina que lleva erguido a pesar de lo fuerte que ajusta el corpiño, como si todo un suspiro se anidara en los pechos marmóreos un poco calcinados con el fuego del cariño.[76]

En esa perspectiva, las comparsas carnavalescas huamanguinas conformadas por mestizas multicolores y una elegante coreografía constituyen una de las grandes celebra-

75 Escarcena, R. *Op. Cit.*, diciembre 1938.

76 Escarcena, R. *Op. Cit.*

ciones del mestizaje peruano. Como las danzas del altiplano puneño; las comparsas de Huaylas del Valle del Mantaro, sus varones de chaleco, de camisas blancas sin cuello y pantalón hispano, sus mujeres de fustán plumillado, cotón de bayeta negra y faja bordada; y la marinera norteña con sus damas descalzas, vestidas con infinitos pliegues de fino encaje y realzada su belleza con alhajas de oro, sus varones elegantemente calzados, sus ponchos de lino derrochando garbo en misterioso diálogo con los sombreros de ala ancha y copa alta. Ni indios, ni hispanos, sin embargo, ambos a la vez: mestizos.

**¿Y quién no lo es?**

Comienza el siglo XIX con un reconocimiento a la existencia del indígena, calificándolo de sector importante de la composición social; finaliza, sin embargo, considerándolo pesado lastre para el desarrollo del país. San Martín lo reconoce como un sector importante y se dirige a él en manifiestos redactados en quechua. Viene de un Buenos Aires donde Manuel Belgrano contempla la posibilidad de reemplazar la monarquía absolutista borbónica por una monarquía constitucional incaica con un descendiente de Túpac Amaru II en el trono. Simón Bolívar no tiene el mejor concepto de los indígenas. Mestizo de las primeras generaciones, lucha por derrotar definitivamente a los ejércitos del rey, desplazar a los criollos e implementar sus propios planes de consolidación territorial. Maltratado por las maquinaciones criollas, se marcha decepcionado, dejando el país en manos de los caudillos militares cuajados en las guerras de Independencia. En la brumosa atmósfera de sangre, orgullos y ambiciones que deja el gobierno virreinal, los primeros mestizos republicanos buscan un lugar en los ejércitos, ya del rey, ya de los libertadores, para terminar entreverados en las guerras caudillistas. Buscan un lugar en la elite social. Agustín Gamarra, José Andrés de Santa Cruz, Miguel de San Román, y Ramón Castilla, son retirados del escenario no por ejércitos enemigos, sino por el ejército de abogados, sacerdotes y recientes propietarios del país de haciendas abandonadas y sin rey. Ramón Castilla, tan celebrado por la historia criolla, se honra al derrotar a sus pares y entregar el poder a la naciente elite, a los hijos de administradores coloniales, que al amparo del caos y las batallas ajenas se hacen de propiedades y toman en sus manos el naciente leviatán republicano. Hasta aquí, el indígena es el brazo anónimo arrastrado de uno a otro batallón, aunque su sangre bulle ya en las venas mestizas del derrotado Gamarra y del triunfante Castilla.



Manuel Pardo, recordado por su entusiasta monografía sobre Jauja, es postulado por cien notables limeños a la presidencia de la república. Como candidato convoca a las diversas regiones del país, como presidente consolida a esos nobles en el mando del mosaico nacional y olvida a las regiones. La nación criolla enfrenta la guerra con Chile, la pierde, entrega las provincias del sur y endeuda largamente al país. La guerra revela las ambiciones del país sureño que enfrenta su propia consolidación social, a la vez que somete a una prueba de fuego a la estructura social del Perú, que crece de modo silvestre y desordenado. La plebe indígena peruana es arrastrada a la guerra, descalza, cubierta de harapos, sin saber por qué causa, ni para quién lucha. El desfile

extraviado de esos batallones por las calles de Lima, motiva la parálisis de Ricardo Palma, que sumergido entre tapadas coloniales y espadas toledanas es incapaz de explicarse el desastre; y motiva los estallidos emocionales de González Prada. En su encendido lenguaje epigramático nos recuerda que, en las sociedades de cualquier país, de cualquier época, no es la elite que cosecha el maíz, ni siembra los tubérculos, ni arrea los burros al mercado. Es la plebe. Y no es la elite, ni es la clase media, que toman el fusil en tiempos de guerra. La plebe brinda sus brazos para labrar los campos en tiempos de paz, y defender esos campos –casi siempre ajenos–, en tiempos de guerra. Se gana así el derecho a participar en las decisiones de gobierno, entre ellas las referidas a la imposición de impuestos, y a las declaraciones de guerra y las firmas de la paz.

Un desastre mayor acontece en ultramar. La *madre patria* pierde Cuba y Filipinas, sus últimas colonias, y con ellas su orgullo de potencia europea. La España de Carlos V y Felipe II comenzó el siglo como el imperio donde nunca se ponía el sol, lo cerraba ahora convertida en el país de majos y panderetas destinado a ganarse la vida entreteniendo a viajeros alemanes. Apenas un siglo y los palacios son escombros; las coronas, pilas de chatarra; el resto, deleznable literatura. En la orfandad que afecta a quienes creían a la cultura peruana un ramal de la española, se levantan las voces calmadas panorámicas, históricas, de José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde y los hermanos García Calderón. No hay más España, solo hay Perú, y un Perú hecho de herencia española, y de herencia indígena también. Y eso se llama mestizaje, aunque para los caballeros el mestizaje ha de ser de elite. No es casual su reverencia a Garcilaso el Inca. El Perú son ellos, la elite, pero comienzan a reparar que hay una clase media también, tímida, avergonzada de su mestizaje, de sus ancestros plebeyos; y hay una plebe también, indígena, de supuesta pureza racial, obligada por las circunstancias a defender sus pastizales, o perecer.



En el nuevo escenario modificado por la Revolución industrial y atizada por su avidez por lanas, caucho y minerales, las elites del sur se enfrentan a la plebe. Lima juega a desconocer la existencia de naciones, sobre las que, de acuerdo a la visión de Victorio Codovilla expuesta en la Tercera Internacional, ejerce un colonialismo interno. Con ese desconocimiento, y con su invocación al sacrosanto gobierno central y unitario que conduce desde los tiempos del civilismo, le disputa a esas naciones sus recursos. En ese marco, Leguía rechaza en palacio la mano de Carlos Condorena Yujra con lo que vuelve las espaldas a la plebe indígena; en ese marco se manifiesta el indio José Ángel Escalante por defender su territorio y su cultura de las intromisiones criollas. El indígena despierta por boca del mestizo cuyo corazón y mente son también suyos. No es el *indio rústico* que habla, no es aquel *habitante de las punas*, de *costumbres primitivas*, sino, ¿quién?

Quien habla, estimado y paciente lector, es *el indio mestizo culto*, cuyos usos y costumbres registrara Rosa Escarcena Arpaia, y cuyas angustias expresivas de un alma india en un lenguaje español exploraran y convirtieran en cantutas de cristal los mestizos José María Arguedas y César Vallejo, cuyas miradas de cóndor y colibrí reprodujeran José Sabogal y Martín Chambi. Un escalón más, saliendo tal vez de

la escala Escarcena, y no tardarán en surgir los científicos, estadistas y políticos, que, amalgamando el saber universal con las necesidades nacionales, concertarán el mosaico de naciones que hagan posible el disfrute de este *laberinto de los efectos y de las causas*, sin zozobras ni temores, de *la diversidad de las criaturas que forman este singular universo.*[77]

77 Borges, J. L. *Otro poema de los dones*, 1959.

**El Mestizo de los Andes y su Destino.**
**Ni hispano ni indígena, sin embargo, ambos a la vez: mestizo**
Ensayo de *Zein Zorrilla,* se terminó de imprimir en el mes de julio del 2021 en los Talleres de Grafimundo SAC de la Av. Militar 1600. Lima - 14. Lince por encargo de Lluvia Editores de Esteban Quiroz Cisneros de la calle Mariano de los Santos 183, Of. 202, San Isidro. Lima - 27. Perú.
Tuvo una tirada de mil ejemplares.